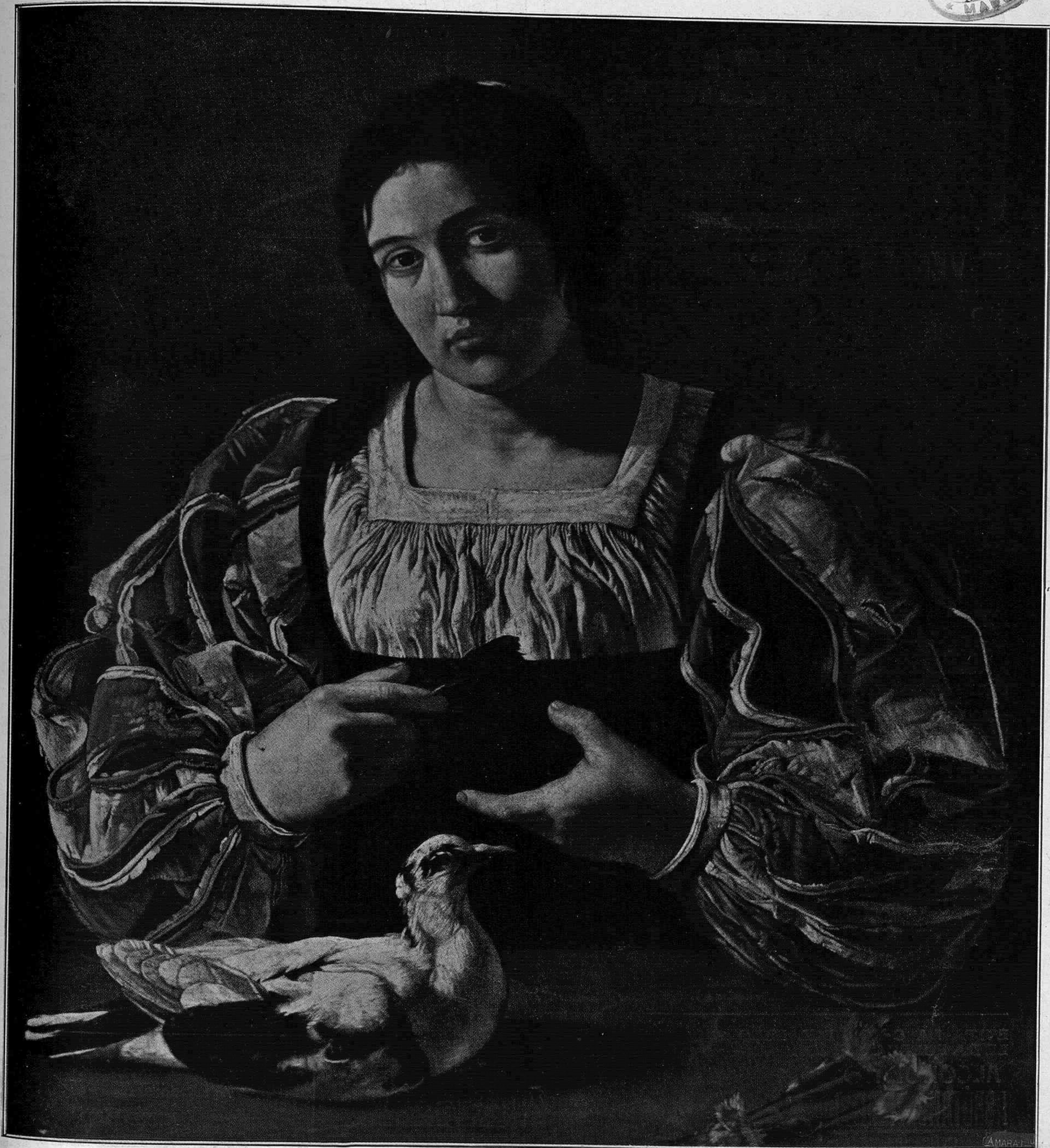


La Esfera

Año IX  Núm. 433

Precio: Una peseta



RETRATO DE MUJER, cuadro de Gentileschi, que se conserva en el Museo del Prado

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

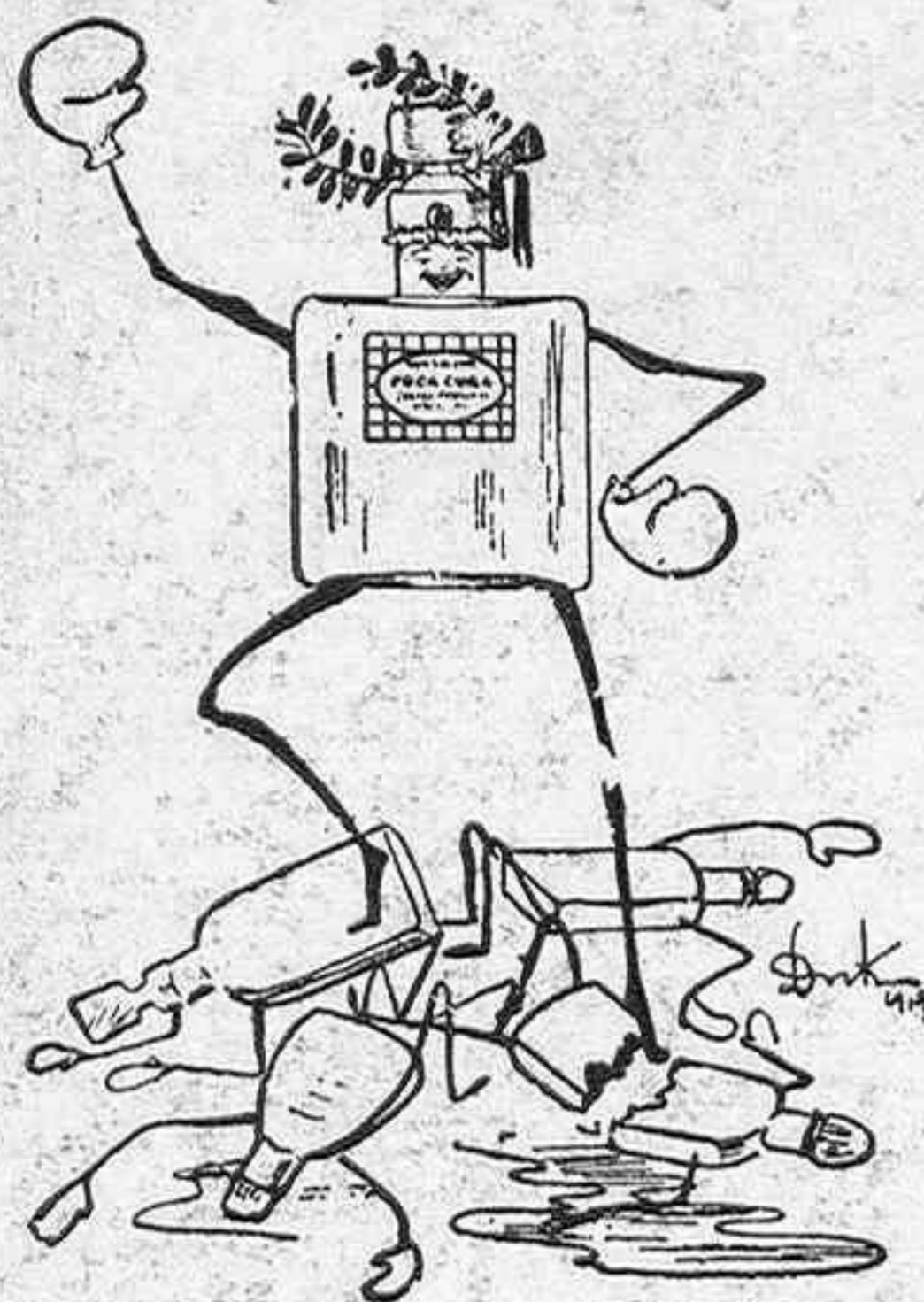
Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.



En reñida lucha venció la PECA-CURA á sus similares.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.

Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pidase en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.



HOTEL CECIL

EL "CECIL" es el centro de Londres tanto para los negocios como para las diversiones.

Los huéspedes tienen en él la ventaja de usar una dirección muy respetable con tarifa moderada.

El servicio es tranquilo y discreto sin dejar de ser muy satisfactorio. Nada falta en materia de confort y la cocina es inmejorable.

Dirigirse al Gerente por cable o por carta en solicitud de la tarifa.

CABLEGRAMAS: "CECELIA LONDON."

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

Misterios de la Policía y del Crimen
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

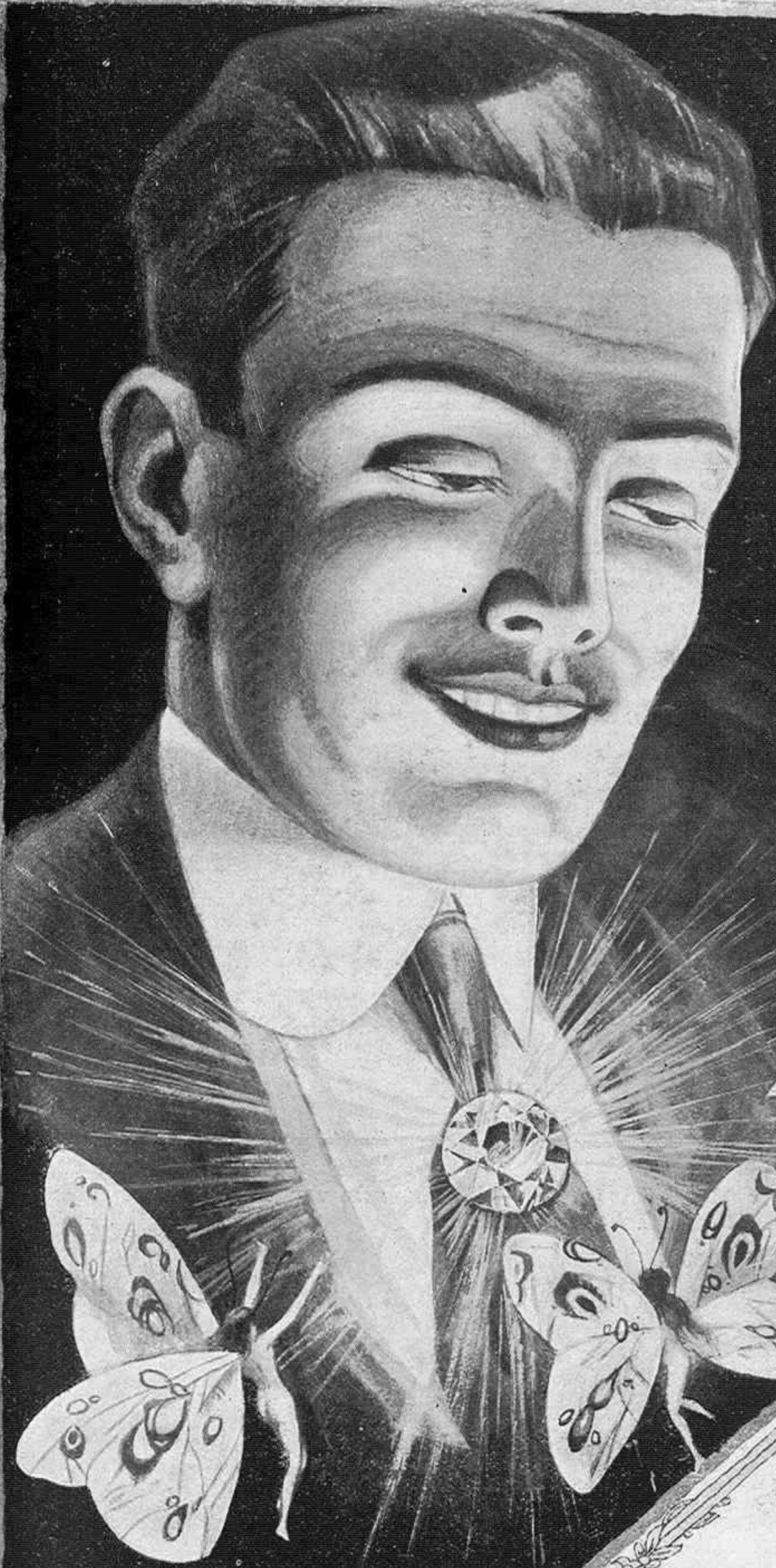
Prensa Gráfica

Apartado 571

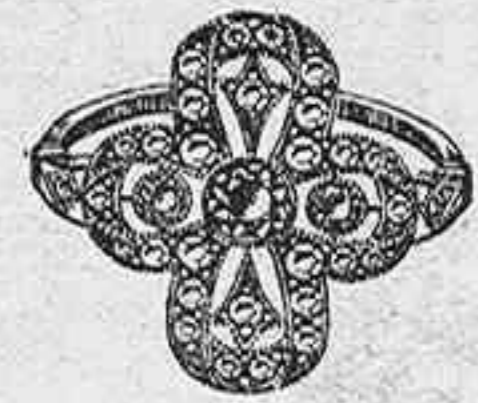
MADRID

Trust Joyero Internacional

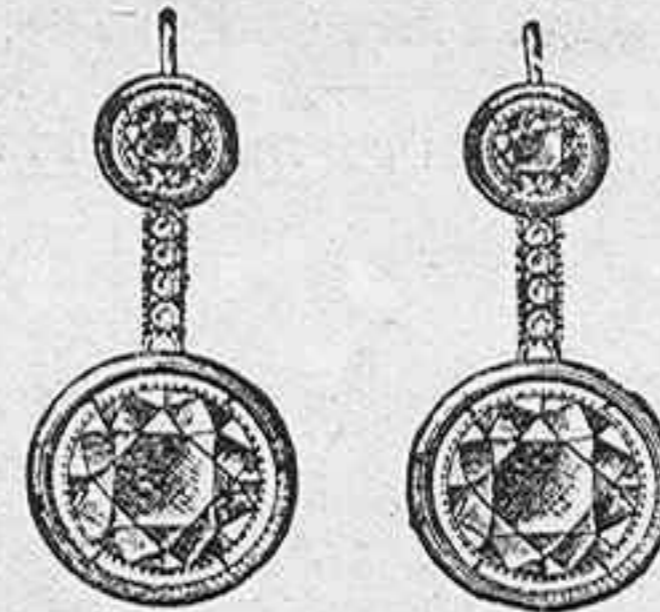
PUERTA DEL SOL 11 y 12
Y CARMEN 1



S. SEBASTIAN
BILBAO
SEVILLA



Núm. 1
Sortija con 3 brillantes y diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 575



Núm. 2
Pendientes con 4 hermosos brillantes y brillantitos.
Ptas. 8.750



Núm. 3
Orlas con 2 perlas y brillantes sobre platino.
Ptas. 1.975



Núm. 4
Sortija con 2 hermosos brillantes, un zafiro y brillantitos, sobre platino.
Ptas. 3.175



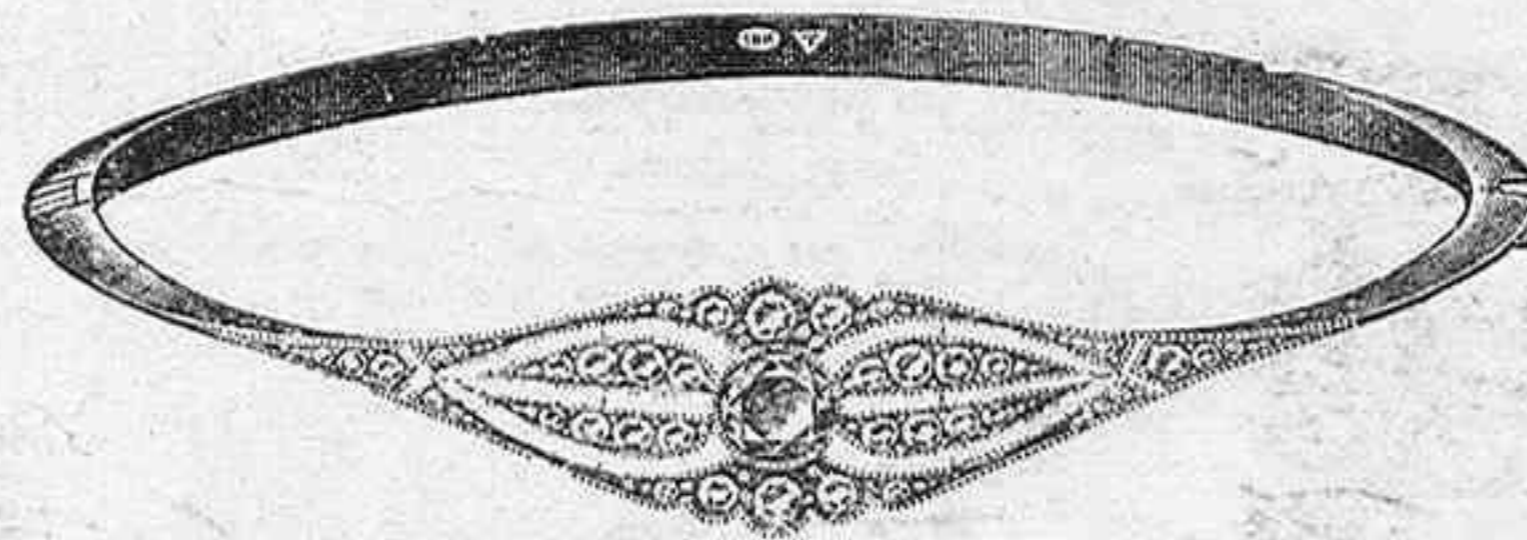
Núm. 6
Pendentif con brillantes, sobre platino.
Ptas. 1.825



Núm. 5
Sortija con brillantes y zafiros calibrados.
Ptas. 775

GARANTÍA DEL VALOR

CON FACTURA



Núm. 7
Pulsera con 7 brillantes y diamantes rosas, sobre platino.
Ptas. 1.640

Pida usted nuestro catálogo por medio de este cupón

TRUST JOYERO-Apartado 356-MADRID
Vale por un catálogo ilustrado de joyas
de Relojes de ptas. a ptas.
Nombre
Calle
Sitios Población
1.179

Cuando pierda usted el apetito, sienta el espíritu abatido con desvanecimientos frecuentes, le sea imposible conciliar el sueño y note que le faltan las energías tome usted el Tónico Reconstituyente

Jarabe de HIPOFOSFITOS SALUD

A su maravilloso influjo los nervios se tonifican, desaparece el insomnio y la inapetencia, y el cuerpo, lleno de vigor, despierta a una nueva vida bella y risueña

32 AÑOS DE ÉXITOS CRECIENTES

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.—En la Argentina pídase HIPOFOSALUD



Agentes en América.—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.^a, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madieto, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En México:* F. García Castelló, Apartado Postal 5.231, Avenida República El Salvador, 50, México.—*En Venezuela:* En las principales farmacias y droguerías.—*En Filipinas:* The Star Drug y C.^a, P. Moraga, 29, Manila.

THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

CIGARRILLOS ORIENTALES
CON BOQUILLAS
DE ORO Y CORCHO



TRADE MARK
Caravalla
THE VITTORIA EGYPTIAN
CIGARETTE COMPANY

Á PESETAS 1.90 y 2
" LOS VEINTE "

DE VENTA
EN TODAS PARTES

La Esfera

Año IX.-Núm. 433

Madrid, 22 Abril 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



La casa de Rienzi, en Roma... La casa donde se hizo sentimientos é ideas, luchas y triunfos, amores y dolores, el alma inquieta y exaltada del famoso tribuno italiano... Ante estos muros, que fueron dorados por el sol de varios siglos, surge la visión, llena de arte y de luz, de una Italia anterior, de una Italia en que las espadas de los guerreros, los versos de los poetas, los lienzos de los pintores y el místico delirio de los creyentes, formaban la vida intensa, azarosa y romántica de aquellos días, que el tiempo alejó y embelleció el recuerdo. La gran aureola histórica y la magnífica fuerza evocadora de esta mansión, hacen surgir, sobre todo — en momentos en que el arte, la historia y la fantasía se confunden —, la sombra de Rienzi, la sombra que se proyecta sobre las estancias de esta casa del tribuno como un jirón de la Italia de ayer...

AGUAFUERTE DE CARBONATTI

LA ESFERA

ARTE MODERNO



LA NOCHE DE SAN DAMIÁN, dibujo original de Cerezo Vallejo

DE LA VIDA QUE PASA

La descalificación de Don Juan

Qué gozos no serían, si todavía alentase, los de aquel erudito artista que se llamó Said Armesto y que dejó un libro admirable sobre la leyenda de Don Juan! Del estudio de la milenaria leyenda habría pasado al de sus derivaciones y transformaciones. Porque—nadie lo ignora—el tema donjuanesco evoluciona y se ramifica, llegando á ser una idea fija, una obsesión literaria. Los periódicos franceses anuncian una novela de Marcel Prevost, titulada *Los Don Juanes*. La desconozco; pero sólo su título basta para confirmar mi aserto de que el tema del *Convidado* ó del *Burlador* atrae más que nunca á los escritores. Fresca está la representación en el Teatro Eslava de una obra de gran espectáculo, en la que Martínez Sierra interpretaba, según su lírico sentir, la figura del caballero sin alma.

Ahora, con motivo de la muerte, no por esperada menos lamentable, de Henry Bataille, se ha recordado *L'homme à la rose*, el drama originalísimo y sarcástico de la supervivencia de Don Juan. Con Bataille concluía la glorificación del héroe, y comenzaba, por decirlo así, la era de su expiación. Ya Lavedan—en *El marqués de Priola*—y Paul Hervieu—en *El dédalo*—habían impuesto justos y ejemplares castigos al eterno seductor, al caballero-canalla, al amante en quien todo es jactancia y bestialidad envuelta en retórica. Priola concluye en el sillón del paralítico, del pobre muñeco humano cuando salta el resorte medular. Hervieu, aquel prócer de la escena francesa, despeñaba, como por una Tarpeya simbólica, al amante sin corazón. Bataille ponía á Don Juan en el trance de hacerse perdonar sus arrugas por una moza de mesón, mediante cinco monedas de plata.

Lavedan, Hervieu y Bataille reaccionaron contra la interpretación romántica de Don Juan, contra el Don Juan idealizado en primer término por Mozart y luego por Hoffmann, por lord Byron, por Musset y por nuestro fogoso y admirable Zorrilla. El romanticismo le puso á Don Juan mil nombres diferentes—Lovelace, Manfredo, René...—; pero en toda ocasión hizo de él una víctima, un gran alma incomprendida, un corazón sedientó de ideal. Este tipo donjuanesco lo encontramos á cada paso en la novela moderna: en Mérimée, en ambos Dumas, en D'Aureville, en Balzac, en Bourget, en D'Annunzio, en los jóvenes narradores de España.

A partir de los románticos, Don Juan—que Tirso, Molière y Baudelaire mandan al Infierno—ve abrirse misericordiosas las puertas de la Gloria. Y de la

mano de Doña Inés ó Doña Elvira obtiene el perdón de sus pecados, de todos sus pecados... Un minuto de arrepentimiento basta—según el generoso Zorrilla—para borrar una vida entera de sensualismo desaforado, de absoluta lujuria.

Nadie había encontrado el modo de ridiculizar, de «descalificar», dijéramos, á ese tipo lamentable del seductor de oficio, del estuprador profesional, del sátiro con sombrero de pluma y madrigal en los labios: ni el Cielo ni el Infierno le convenían á Don Juan. Ambas «soluciones» contribuían á sublimar y eternizar su figura. Le hacía falta el puntapié.

Y acaba de dársele un poeta, un glorioso poeta. Se ha estrenado, al fin, en París, en el teatro de la «Porte Saint-Martin», aquella *Última noche de Don Juan*, que para la despedida de

la escena de su gran amigo Le Bargy había escrito Edmond Rostand, Rostand el grande, el de *Cyrano* y *El aguilucho*, el poeta más teatral de Francia, el creador del verso escénico, que—como dice la sutilísima Colette—Victor Hugo buscó, sin encontrarlo.

¿Qué es, en síntesis, *La última noche de Don Juan*? Atraído hacia el Averno por la garra de Satán, el conquistador recalcitrante obtiene una prórroga de su vida terrestre, diez años que empleará en hacer todo el daño que le inspire y permita su diabólica fantasía. Cierran trato Don Juan y Satán. Dos lustros más tarde, en un palacio portentoso de Venecia, á orilla del Gran Canal, el impenitente medita; es su última noche; está á punto de sonar la hora en que debe cumplirse su promesa. Don Juan se ha ofrecido un festín. Sganarelle, su criado, hace

subir á un titerero ambulante que pasa con su retabillito. Mueve los títeres un maese Pedro, caduco, centenario. Don Juan le interpela, se mofa de él, habla con las marionetas en un tono de zumba. El lector supone cuánto ha podido tejer en esta escena el verbo funambulesco de Rostand. En resumen: el titerero es el Diablo en persona. Evocadas por él, llegan todas las víctimas de Don Juan. Si reconoce á alguna, si amó á alguna con puro amor del alma, será salvo. «Recoge sus lágrimas en esta copa, donde cristalizarán—ordena el Diablo—. Si una sola de esas lágrimas me abrasa, será sincera, y tú serás redimido por el amor.» De todas las lágrimas que vierten las sombras, sólo una es sincera; pero Don Juan no reconoce á aquel fantasma femenino—la mujer que le amó en silencio—, y corre en pos de las otras, que han dejado caer sus antifaces y le brindan el beso frívolo y la caricia falsa.

Entonces sobreviene el castigo. ¿El infierno? No. El ridículo, la befa. Don Juan no tiene alma; es un pelele, un títere, una marioneta de *guignol*. Y el Diablo titerero lo incorpora al número de los personajes de su retabillito. En adelante, Don Juan vivirá en el mismo canasto que Polichinela y Pantalón.

Símbolo noble y fácil. El amor salva, engrandece y redime. El placer sin alma no es nada. Humo, fatuidad. Un hombre sin corazón, es un muñeco. Don Juan no es un héroe, sino un títere.

Conformes... Y gracias sean dadas al mágico poeta por haberlo establecido de esta suerte en un poema escénico encantador, ágil y gracioso á lo Bainsville, y caprichoso, profundo y vehemente... á lo Rostand.

ALBERTO INSUA

UN POETA AMERICANO

Campanas de media noche

El Verbum caro factum est.

A MONSEÑOR DE ANDREA

*Campanas
ufanas
de la media noche
pascual;
derroche musical
de maravillada armonía;
campanas de la Epifanía:
Vuestra voz argentina y bella
despierta la guiadora estrella
y repercute santamente
por las sendas de la campaña,
pregonando en villa y montaña
el gran milagro del Oriente.
Lenguas metálicas de gloria
que revivís la insigne historia
del buen carpintero José;
campanas que hacéis la memoria
de lo que será y lo que fué...
La hondura de la noche se alegra
y parece azul siendo negra.
La seráfica vibración
anima, exalta y enternece.
... Oyendo las campanas, parece
que todo tenga corazón.
¡Cómo repican saludando
la suprema gracia de Dios
que por los hombres se hace niño!
Y mientras están repicando,
en el mundo—que amargan los
odios—hay tregua de cariño.
Cual la luz que el cristal perfora,
exangüemente brota el lirio
puro del jardín de la aurora
—que será rosa de martirio—.
Campanas de Natividad,
tan limpias, exultantes y buenas,
que vertéis sobre la ciudad
—heteróclita de humanidad—
las bendiciones nazarenas.
El poeta os oye serviente
—clara campanita sonora—
y lírica y misticamente
á vuestro rítmico son ora.
Campanas de la noche pia,
cuyos tañidos lleva el viento
en continuada melodía,
para anunciar al firmamento
que se cumplió la profecía.
Bronces de mágica virtud:
celebrad la tierna presencia
con que prueba su excelsitud
la milagrosa Providencia.
¡Pascua divina, Pascua llena
de amor sublime y redentor!
¡Cuán melodiosamente suena
la clara campanita menor
de la misa de Nochebuena.*



E. CARRASQUILLA-MALLARINO
Ilustre poeta argentino que ha dado en el Ateneo una lectura de sus poesías, siendo muy aplaudido por sus oyentes y elogiado por los críticos.

ARIAS MARINAS

*Noches de mar, abiertas al ensueño. En la popa
vemos cómo se borran las riberas d'Europa,
tras las opacidades de las vagas neblinas.
En el agua parecen jugar las ondinas
que nos dan sus adioses. Y la luna despeina,
entre la espuma blanca, sus cabellos de reina.*

*Sobre los horizontes el Oeste s'ensancha,
y los faros eléctricos, al salir de La Mancha,
muestran á los marinos sus largas proyecciones,
que simulan parábolas de las constelaciones.*

*Imprime al viejo barco la inquietud de las olas
rítmicos balanceos y fáciles cabriolas.
En la estela palpitan cambiantes ignescencias,
y el viento es una fuga de amables confidencias.*

*Dos almas: Un hermano de Wagner y un hermano
de Musset: Dos espíritus que van por el Océano
hacia playas de América, enfermos de ilusión,
y hallaron esta hora para la comunión.*

*El violoncelo gime y la lira delira,
y en la fuga del viento la inmensidad suspira.*

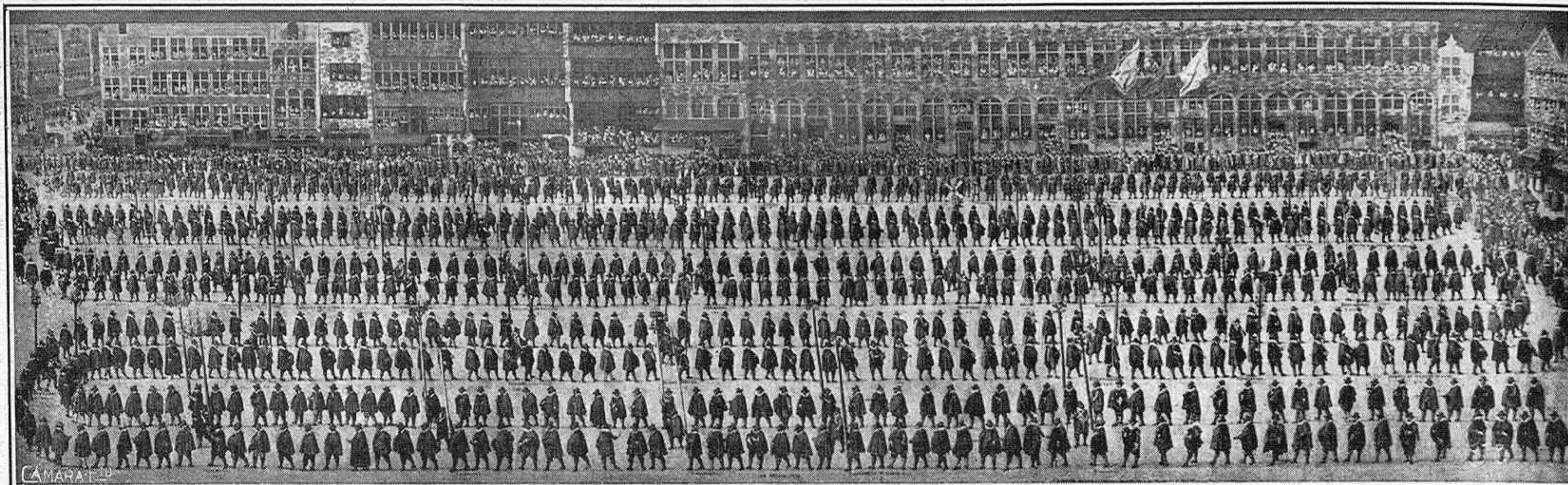
*¡Oh, las novias lejanas que os hicieron felices!
Calipso aguarda siempre la llegada de Ulises.*

*Fluye un pasaje trémulo de Bach... El violon-
celo
es como un aparato para hablar con el cielo
de las cosas del alma. El músico es todo arco;
diríase que es suyo el corazón del barco...*

*... Deben haberse ido sobre el ala del viento
nuestra melancolía y nuestro pensamiento.*

E. CARRASQUILLA-MALLARINO

COFRADÍAS, GREMIOS Y SINDICATOS



Cuadro pintado por Alslot, que representa «La procesión de todos los gremios y todos los oficios de la ciudad de Anvers». (Se conserva en el Museo del Prado)

FRONTE á este cuadro de pasillo, que está colgado en uno de los del Museo del Prado, para que no se pueda dar á lo anecdótico valor principal, aunque sea lo que más se grave en las imaginaciones, quiero evocar la historia comparativa de las Cofradías, los Gremios y los Sindicatos, sirviéndome tanto del fundamental libro de Tramoyeres, como esa bella monografía recién publicado por el marqués de Lozoya.

¡Pero ese cuadro de cabecera! De otro modo, me parecería sórdido el trabajo.

Una influencia del ambiente de ese cuadro, de ese alto ejemplo de agremiación de los flamencos, ha habido siempre en las Asociaciones de este estilo en España.

En las Ordenanzas de los gremios segovianos de los siglos XVI y XVII hay un gran parecido con esos de Flandes que hacen las eses más vistosas en el centro de la gran playa. En los flamencos, los *rewards* ó *eswards*, elegidos por sus compañeros, y que tenían derecho á entrar en los talleres á cualquier hora á examinar las labores y á hacer pesquisas, está el origen de los *veedores* castellanos.

Las Cofradías fueron primero una especie de asociación caritativa y religiosa, que, aunque daba prescripciones para los oficios, no acababa de ser lo que el gremio fué para el trabajo.

El Gremio es algo que atiende al oficio y al arte de la artesanía, sobre todo imponiendo un examen al oficial para otorgarle el grado de maestro, examen en el que tenía que fabricar un ejemplar perfecto, ejemplar perfecto que es muchas veces eso que después ha pervivido tanto de cada oficio en los museos y en las galerías particulares.

En el Gremio no se pierde la finalidad doméstica; tanto, que entre otras curiosidades de los deberes del compañero para el compañero, está la de fijar el retraso del menestral encargado de velar al compañero enfermo, cuando no acudía á la casa antes de que se consumiera una candelilla de palmo, encendida al ponerse el sol. ¡Qué lenta y desesperante consunción la de la candelilla en la soledad del compañero olvidadizo!

Cuando las Cofradías y los Gremios llegan al momento de su orgullo, se quieren gobernar por reyes y por leyes emanadas de su propio cónclave.

Les aburre ser menestrales, si no tienen un erguido amor propio, si no tienen una gran autoridad, si no mandan y deciden.

Se dedican al laboreo de las lanas; hacen sombreros; se dedican á hacer velas, que son como floridas y místicas oraciones; curten cueros; pero es parece amarga, sórdida, ingrata su labor si no perdura la unión que surge en las horas de trabajo cuando el trabajo se ha acabado, cuando ya han quedado unidos para oponer su unión á la dictadura del rey ó del patrón. Como para mantener una unión superior á la que ordenaba el trabajo, se dedicaban al socorro mutuo y celebraban banquetes fraternos; pero cada vez procedía de su cordialidad una mayor resistencia á los Poderes centrales. Por eso se ve

á los reyes perseguirla. Así, en unas Ordenanzas del siglo XVI, se dice: «Primeramente ordenamos y mandamos, conforme á la previsión dada por Su Majestad sobre esto: que no haya entre ellos Cofradía ni Ayuntamiento ninguno, ni forma de ellos, so pena de 2.000 maravedís.» Y Carlos V ordena deshacer las Cofradías de Oficiales.

Caracteres muy parecidos al Sindicato hay hasta en lo obligatoria que se hace la inscripción, y hasta se ve la lucha entre el Sindicato único y los Sindicatos profesionales.

Los Gremios dejan entonces el nombre muy rotundo de su oficio: pelijeros, freneros, espaderos, caldereros, chapineros, pergamineros, calafates, aluderos, aladros, terciopeleros, guardamacileros, juboneros, tundidores de paños, capuceros, jubeteros, roperos, calceteros, cotamalleros, corredores de cuello, cordoneros, aprensadores, corredores de oreja, borceguileros, encuadernadores, copistas de libros, pellejeros, vaineros, agujeteros, cereros, molineros, bordadores, sastres, entalladores, pintores, carpinteros, herreros, cabestreros, cordoneros, plateros, etc.

Para verle, un poco en procesión como á los de Flandes, baste recordar la que se celebró en Segovia cuando la archiduquesa Ana vino á casarse con Felipe II.

«Llegó, pues, la Reina—dice la crónica—acompañada de Alberto y Vincislao, sus hermanos menores, que la acompañaban desde Alemania, y del Cardenal de Sevilla y Duque de Bejar, y otros señores, á vn toldo, que estava prevenido en el campo oriental de nuestra Ciudad. Y antes que dexase la litera llegaron catorce vanderas de infantería, exercito formado, con general y oficiales mayores y menores, y todos instrumentos, la avanguardia de cinco vanderas: la primera de Plateros, Cereros, Joyeros y Bordadores: La segunda de Sastres Calceteros, Roperos, Jubeteros y Aprensadores. La tercera, Carpinteros, Albañiles, Manposteros, Escultores, Ensanbladores, Canteros, Herreros, Cerrajeros, Arcabuceros, Espaderos, Guarnicioneros, Freneros, Silleros, Jaezeros, Pavonadores, Asserradores, Cabestreros, Latoneros, Torneros y Cedaceros. La quarta, de los Pelaires y Pergamineros. La quinta, Zapateros, Curtidores, Pellejeros, Zurradores, Coranbreros, Boteros, Carniceros, Tabarneros, Herradores, Arrieros y Olleros. El cuerpo de batalla de siete vanderas, la primera de Tejedores, assi de paños como de estameñas y lienços. La segunda de gente de Villacastín. La tercera de Robledo de Chavela. La quarta de El Espinar. La quinta del Sesmo de Casarrubios y Valle de Lozoya. La sesta, de los Cardadores. La setima, de los Apartadores, con los Barberos. La retaguardia de dos vanderas: vna de los Tintoreros y otra de los Tundidores y Zurcidores. En dando muestra pasó toda la infantería adelante para desocupar el campo. Y aún venía después la caballería, en la que figuraban oficios tan importantes como mercaderes de paños y monederos, á más del Ayuntamiento, caballeros, abogados, médicos y regidores de la ciudad.»

Después de esas grandes paradas, los gremios decaen, no sólo por las persecuciones de que son objeto, sino porque, desobedeciendo á aquella ley de Fernando el Santo contra la agremiación abusiva «mas no pongades Alcaldes entre vos, nin coto malo», se excedieron de su cometido. Por eso, aquellas liberales Cortes de Cádiz que ansiaban asumir toda la responsabilidad representativa, acabaron por matar esas asociaciones con poder, y, sin embargo, sin esa selección nacional y sobrepuesta á los oficios que debe tener toda autoridad representativa.

¿Serán unas nuevas y honestas Cortes de Cádiz las que asuman el poder sindical? Desde luego, se necesita que en medio de las nuevas Congregaciones haya algún romanticismo de artistas, y exista como fin profesional de ellas el de la perfección y la probidad en un arte, y que no sea la puntualidad rígida y la obligación forzada del padecimiento y del esfuerzo lerdo lo que las inspire.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

EL CONVITE

Del alfar más insigne que hubo en Capo di Monte, labrada con un arte de singular secreto, tengo en casa una taza. Ancha, clara, jocunda, muy digna de que en ella libara Anacreonte la leche de las cabras del Pindo y del Himeto y el vino de las viñas del Atica fecunda. Pintado un jardín tiene, de azucena y de nardo, de ciprés y de mirto, igual que el que sabemos en la divina Anunciación de Leonardo. Evas y Dionisios se alzan en sus extremos con sus figuras blancas de mármoles de Paros.

Tal es mi taza. Avaros

no son para gozarla mis labios. Yo quisiera que los tuyos libaran allí también. La loca ilusión me persigue de una suprema orgía; despreciar por liviana, la olímpica ambrosía, y estar picoteando cerezas en tu boca. Nos guía en el camino la ninfa primavera. Faetón, á su paso, va encendiendo la esfera.

Sobre un mantel de flores

tengo la mesa para el festín de mis amores. Ven. La vida nos brinda tesoros de promesas. Bajo el eternamente florido tenebinto, yo te ofrendo un banquete de besos y de fresas, un soneto y un ramo de rosas de Corinto.

Pedro de RÉPIDE

INTERIORES DEL VATICANO



Sala de la Concepción, decorada con frescos del Podesti, y en cuyas vitrinas se guardan objetos de incalculable valor

Fotografía facilitada por la Compañía de Navegación General Italiana

LEÓN, EL LEÓN



A los siete meses rompió las ligaduras que le retenían preso en las tenebrosidades del vientre de su madre. Y nació en su primer gesto de rebeldía.

Por imperioso capricho del padrino, le bautizaron con este nombre: León.

Cuando el cura rezaba sus latines, él, sin llorar, le dirigía las miradas, expectantes y agresivas como dos alfileres, de sus ojillos negros. Y al ponerle la sal en los labios, dió un gritito. No estaba conforme con aquello.

Su padrino, un hidalgo retrasado, ampuloso y patriotero hasta la cursilería, al imponerle este nombre al neófito se propuso, sin duda, iniciar la senda por la que ó en la que fatalmente ha de consumirse una vida, ó ser, cuando menos, su precursor en la fatalidad.

Como su madre estaba muy delicada de salud y no podía criarlo, le buscaron un ama. El decidió morirse antes que chupar del pezón de una mujer zafia, que, además, comerciaba con su sangre. Así, pues, acordaron criarlo á biberón. Esto era preferible, y pasó por ello.

Fué creciendo, y cuando ya daba sus primeros pasitos y sus carreritas de las sillas á los muebles y á las paredes, su madre, sus hermanas y las criadas de la casa le gritaban, con acento más bien amenazante y retador que de cariño:

—¡Leonito, cuidado! ¡Cuidado, Leonín!...

Su mismo padre, ahuecando la voz, solía interrumpirle en sus juegos infantiles;

—¡Qué es eso? ¡Qué haces, León?... ¡León!...

Un día, á la salida del colegio, otro chicuelo de su edad se encaró con él:

—Oye: ¿tú te llamas León?...

—Sí—le respondió sencilla y serenamente.

—Bueno. ¿Y á mí, qué?... ¿Crearás que te tengo miedo?...

León le miró un poco admirado y, sin contestarle, siguió su camino. Pero apenas había andado un poco cuando el chicuelo comenzó á apedrearle. Se volvió rápidamente; corrió tras él para alcanzarlo y le dió dos bofetadas y un empujón que lo derribaron en tierra, con tan mala fortuna, que se hirió con un guijo en la frente. Al verlo en el suelo se concretó á apostrofarle:

—Para que aprendas á no meterte con quien no se mete contigo... ¡Cobarde!—Y se fué á su casa.

Como reguero de pólvora corrió la noticia. Y

los chicos se hicieron muy amigos suyos. Los pusilánimes, para garantizar la seguridad de sus personillas; los revoltosos y pendencieros, para codearse con el valiente. Pero cuando, para halagarle, le hablaban de su valor, él les solía decir:

—No. Si yo no soy valiente. A mí no me gusta pelearme con nadie..., pero que no se metan conmigo.

El maestro le miraba con recelo y le trataba con brusquedad. Una mañana, al preguntarle la lección, y como dudase en la respuesta, le cogió súbitamente por una oreja.

—Ya ha llegado á mis noticias que lleva, ó pretende usted llevar, muy bien puesto su nombre: ¡León!

—No, señor...

—Sí, señor. Ha atropellado usted, descalabrándolo, á un compañero...

—Es que él...

—¡Silencio! ¡A mí no me replique usted!... ¡Póngase de rodillas!

—El me insultó y me...

—¡Silencio, he dicho! ¡De rodillas!... ¡Quieto! ¡Quieto ahí, León!...

Y cogiéndolo por las solapas de la americana, lo zarandeaba desconsideradamente.

Al llegar á su casa se encontró con que todos los suyos le recibían con frialdad y despego. A la hora de la comida, su padre, encarándose con él, dijo ante toda la familia:

—Ahí lo tenéis. ¡Es una fiera! Abofeteó, pisoteó y le rompió la cabeza á Pepín, el hijo del notario, gran amigo mío.

—No, papá. El me provocó, me tiró piedras, y yo me defendí como pude.

—¿Descalabrándolo?...

—Se hirió él al caerse...

—¡No es verdad!

—Sí, papá.

—He dicho que no, y á mí no se me desmienta. ¿Lo has oído bien, y para siempre, León?...

La madre quiso intervenir:

—¿No pudo también mentir ó exagerar Pepín?...

Y el padre contestó bruscamente:

—¡No, señora!

Y una hermana puso su comentario:

—¡Por algo se llama León!

El levantó la cabeza para mirarla, y ella dijo, chillando:

—¡Uy! ¡Qué miedo! ¡No me comas!...

Y el padre mandó:

—¡Póngase de pie! ¡Retírese de mi presencia, León!...

El, sin replicar, se fué á su cuarto y estuvo llorando largo tiempo. ¿Por qué me regañan y me castigan sin motivos?—se argüía—¿Qué hice yo más que defenderme?... Yo no soy malo. ¿O hay que dejarse atropellar y que le peguen á uno para ser bueno?... Pues no. Yo no consentiré que me atropellen y que se burlen de mí... No. ¡Nunca, ni á nadie se lo consentiré!...

Ya mayorcito, fué dándose exacta cuenta de su verdadera y fatalmente triste situación en la vida. Las gentes eran injustas con él. Unos se le acercaban sonrientes, afectuosos, para ofrecerle, con humillantes protestas de inferioridad y adhesión, una amistad en la que él no creía. Estos le inspiraban un íntimo y gran desprecio. Otros le hablaban á cierta distancia y con un prudente marcado comedimiento. Para ellos tenía un recóndito desdén. Algunos rehuían todo trato y encuentro con él. Para aquéllos sonreía con indiferencia. Y todos le miraban con desconfianza, con algo de temor, con un poco de aversión, y le conocían por el apodo de «León, el león».

En tal ambiente de tan injusta, pero reconcentrada hostilidad, y á fuerza de ver, á través de las miradas, las venalidades, miserias y la hipocresía innoble de cuantas personas conocía, sin excluir á sus deudos, se tornó misántropo. Solo, en su cuarto, por las calles, por los solitarios paseos; solo con sus libros, con sus tristes pensamientos y con la fatalidad de su nombre. ¡Solo, sin un cariño!

Una tarde primaveral paseaba á orillas de un riachuelo, lejos de la ciudad. Iba tan abstraído, que de pronto se vió ante un grupo de gente que, sentada en el suelo, comía y bebía con bulliciosa algazara. Retrocedió; pero comenzaron á llamarle:

—¡Eh! ¡Señorito! ¡No se asuste usted! ¡Venga á tomar algo!

El se detuvo.

—Muchas gracias.

Corriendo, se le acercó un hombre con una botella en la mano. Y una mujer corrió también con una pata de pollo en la mano.

—Beba usted.

—¿Me va usted á despreciar á mí?...

—Traed un poco de pan—gritó el hombre á los del grupo.

—¡Que venga aquí!—le contestaron.

—Yo agradezco á ustedes mucho su atención, pero no acostumbro...

—Vamos. Venga usted y tome lo que quiera. Se le ofrece de corazón. ¡Somos pobres, pero hay alegría! ¡Venga usted! ¡O lo tiene á menos!—Y se lo llevaron.

Era un matrimonio zapatero, con sus dos hijas, el novio de una de ellas y dos ó tres amigas más de las chicas. Celebraban el santo del novio de una de las hijas, que se casaba el próximo domingo.

Lo sentaron entre dos mocitas, que se desviaban por obsequiarle. La sencillez y la sana alegría de aquella familia le fueron despertando de su ensimismamiento y tristeza. Y bebió, corrió y cantó al regresar á la vieja ciudad castellana, ya de noche, en medio de aquellas dos chiquillas que venían cogidas de su brazo. Al despedirse le invitaron á la boda. El aceptó:

—¡Tendré mucho honor en asistir!

—¡Que no deje usted de acompañarnos!—insistió el zapatero.

—No faltaré. ¡Adiós!

—¡Viva nuestro simpático amigo León!—gritó la más pizpireta de las muchachas.

—¡Vivaaa!...—respondieron todos.

El la miró fijamente á los ojos. Ojos azules, grandes, vivarachos, llenos de luz. Y á través de ellos, que le miraban parladores, creyó ver un alma sencilla, candorosa, hermana de la suya; un corazón noble...

Aquella noche se acostó más contento que de ordinario. Tardó en dormirse, y á las altas horas se despertó. ¿Quién sonreía?... Al incorporarse para encender la luz vió unos ojos que desde la obscuridad le miraban cariciosamente. Sí. Eran sus mismos ojos; los de... ¿Cómo se llamaría?... ¡Qué tonto!... ¡No se le había ocurrido preguntárselo! Pero mañana, mañana, se decía, me lo dirá... Y se arrebujó en la ropa y estuvo dando vueltas sin conciliar el sueño hasta el amanecer.

Al día siguiente se hizo el encontradizo con ella; al otro, la esperó, y el día de la boda de la hermana se lo dijo:

por mi honor, Pacita!... ¡Quiérame mucho también, y dígamelo!...

Poco á poco fueron acercándose sus manos, hasta estrecharse fuertemente. Y ensimismados, haciendo caso omiso de cuanto vivía en torno de ellos, comenzaron á arrullarse con misteriosas y dulces palabras de amor...

Algunos meses después Pacita le esperaba impaciente á la puerta de su casa, un cuarto de hora antes de la en que él solía llegar para dar el acostumbrado paseito por la manzana.

Al verlo venir suspiró fuerte y tristemente; y cuando lo tuvo á su lado, aprisionándole una mano entre las suyas, acercándolo contra su corazón, mirándole fija, con miradas que eran súplicas y besos y juramentos de eterno amor, comenzó á hablarle con voz entrecortada por la emoción:

—León de mi vida... Yo te quiero... Te adoro con toda mi alma; yo no podría vivir sin verte. ¿Es verdad que tú me quieres tanto como dices? ¡Júramelo, León! ¡Júramelo, León de mi alma!

—¿No lo sabes ya que sí? ¡Por quién quieres que te lo jure? ¿Qué quieres que haga para demostrártelo? Píde... ¡Manda tú, Pacita mía!...

—Yo tenía miedo á decirte, y estos días he llorado mucho!... ¡Mi padre se opone á nuestros amores!...

—¿Por qué?

—Dice que tú eres un señorito; que vendrás con mal fin, y que nunca te casarás conmigo...

—¿Está en casa tu padre?... ¿Quieres que le hable ahora mismo?...

El señor Tomás, que leía el periódico cuando León entró en la sala, le miró por encima de los anteojos, y dijo secamente á su mujer:

—Trae aquella silla.

La señora Ramona obedeció, quedándose de pie en mitad de la estancia. Pacita escuchaba detrás de la puerta, y León, sentado ya, habló clara y brevemente:

—Me ha dicho Pacita que usted se opone á nuestros amores, y hace usted mal, porque nos queremos mucho...

—Eso está bien, pero no basta. Sus padres son ricos y se han de oponer; usted no tiene carrera, y mi hija, aunque pobre, es muy honrada.

—Sí, señor; y buena, y me quiere; y yo ten-

—¡Es un gran rapaz! ¡Yo ya le tenía ley!...

Pasó un año. León regresaba de Madrid de hacer oposiciones. Al día siguiente de llegar, su padre le llamó á capítulo:

—Me han dicho que eres novio de la hija de un zapatero. ¿Es verdad?

—Sí, señor.

—No te había hablado del asunto porque cuando lo supe lo atribuí á una chiquillada. Pero hoy, que ya tienes tú carrera, he de decirte que eso no debe continuar, y que has de dejarla mañana mismo..., por el buen nombre de toda nuestra familia, por tu propio decoro.

—Es una mujer decente...

—No basta eso.

—Me quiere, y la quiero.

—Encontrarás una señorita educada y hasta rica, que te quiera también y tú la quieras.

—No, padre. Yo la quiero á ella.

—Eso es una locura, y yo te mando que la dejes inmediatamente.

—No puede ser...

—¿Qué dices? ¿Osarás desobedecer á tu padre, León?... ¡Pues no te lo consentiré!...

—Sí, padre. Yo la quiero, y necesito su cariño para ser feliz; además...

—¿Es tu amante?...

—¡No!—gritó con viveza León—¡No la ofenda usted, padre! Es digna, es candorosa, y, además, decía, he dado mi palabra de honor á su padre; me la he dado á mí mismo de casarme con ella, y me casaré...

El padre comenzó á gritar desaforadamente:

—¿Tú casado con la hija de un zapatero?... ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Antes te mato!

—Padre: le ruego que razón...

En aquel momento entraron atropelladamente su madre y sus hermanas, atraídas por los gritos de don Juan, que seguía vociferando:

—Te mato... ¡Te mato!...

Enarboló un bastón, y al ir á descargar un golpe, León lo evitó cogiendo el bastón por la otra punta:

—¿Qué va usted á hacer?

La madre y las hermanas se interpusieron, chillando:

—¡Jesús! ¡Suelta, León!

—¡Ay, papá, por Dios!...



—Mire usted, Pacita, yo no puedo callármelo más. Yo la quiero á usted muchos, mucho...; tanto como á mi vida; ¡más que á mi vida!...

Ella, algo ruborizada, bajó los ojos. El, un poco azorado, agregó:

—Míreme usted, Pacita.

Ella le miró, y él suplicó:

—Y quiérame, ¡quírame!

—No. Indiferente..., claro que no me es usted.

—Ya lo sabía—contestó León rápidamente.

—¿Cómo?...

—Lo he adivinado en sus miradas. No soy pretencioso. Yo sé; yo he aprendido á leer en los ojos. Y nunca, ¡jamás!, me ha mirado nadie como usted me mira, Pacita. Por eso la quiero como no quiero á nadie en el mundo: mucho, muchísimo... ¡Yo se lo juro por mi vida,

dré carrera, y me casaré con ella, quieran ó no mis padres.

—Vea bien lo que dice..., que es usted joven.

León se levantó de la silla, y, alargándole la mano, afirmó rotundamente:

—Señor Tomás: soy un hombre; soy un caballero, y se lo juro á usted ¡por mi honor!

—Entonces, no hay más que hablar; puede entrar en esta casa cuando y á todas las horas que le plazca.

—Muchas gracias.

Hubo un momento de silencio.

Al salir León, Pacita, que lloraba de alegría en el pasillo, le aprisionó entre sus brazos, besándolo apasionadamente. El zapatero dijo á su mujer:

—Estas cosas se arreglan así, Ramona.

Y la señora Ramona, emocionada, respondió:

—Déjalo, que es una fiera!

—Pues yo la domaré!...

León consiguió arancarle el bastón, que arrojó al suelo, y dijo serenamente:

—¡Domarme!... ¡Es tarde! Me pusisteis el nombre de León; os habéis pasado los diez y nueve años que tengo tratándome con despego, sin cariño, queriendo hacer de mí una fiera, y ¿pretendéis ahora domarme por la fuerza?

—¡Fuera de mi casa!—rugió el padre.

—Sí. Que se vaya—agregaron, lloriqueando, las hermanas.

—¡No, Juan!—suplicó la madre.

—¡Fuera de aquí, he dicho!...

Y al abandonar la casa de sus padres, «León, el león» lloraba como un niño...

FÉLIX CUQUERELLA

DIBUJOS DE VARELA DE SELJAS

EL CENTENARIO DE SANTA TERESA

LA SALAMANCA
DE TERESA DE JESÚS

Puerta del Río, de Salamanca, por la que entró Anibal (derrubada hace algunos años)

LA Salamanca de Teresa de Jesús no es la opulenta y sensual Salamanca del Renacimiento. Es la Salamanca de las murallas romanas, de la puerta de Anibal, del calvario junto á la puente, del torito de piedra, que hace pensar tretas y diabluras al Lazarillo pícaro de Tejares; la Salamanca estudiantil de los mesones y de las posadas. Y los amigos de la Santa no se reclutan tampoco entre los sabihondos de la Universidad, letrados de crédito y caballeros principales y conocidos. El amigo de Teresa, en Salamanca, es un pobre hombre, llamado Nicolás Gutiérrez, que se ha arruinado y que lleva con gran paciencia y mansedumbre su infortunio. Los compañeros de Teresa, cuando ésta pasa por el Arrabal á sus fundaciones ó de retorno de ellas, son, asimismo, arrieros, chalanes, ganaderos, gañanes y aquel bendito Siervo de Dios, medio bobo, que lleva siete relojes en los bolsillos, todos concertados. Las amistades de Teresa en Salamanca son populares. Sólo conoce al maestro Fr. Luis de León y á la vieja duquesa de Alba, D.^a María de Colón y Henríquez, entre las personas de excepción y respeto.

No es difícil, para el que esté familiarizado con los escritos y con el espíritu de la Santa, el itinerario y hasta la fisonomía de la Salamanca teresiana. La Santa llega por primera vez á Salamanca, de Alba de Tormes. La calzada de antaño es casi la misma carretera de hoy. La Fuente de los Perales, con el recordatorio gracioso y humilde de un busto de la fundadora, Terradillos, La Maza, Arapiles, son los jalones ó escalas de este itinerario. En Santa Isabel, detrás de la calle de Zamora, se aposenta, mientras funda su palomar carmelitano, la virgen



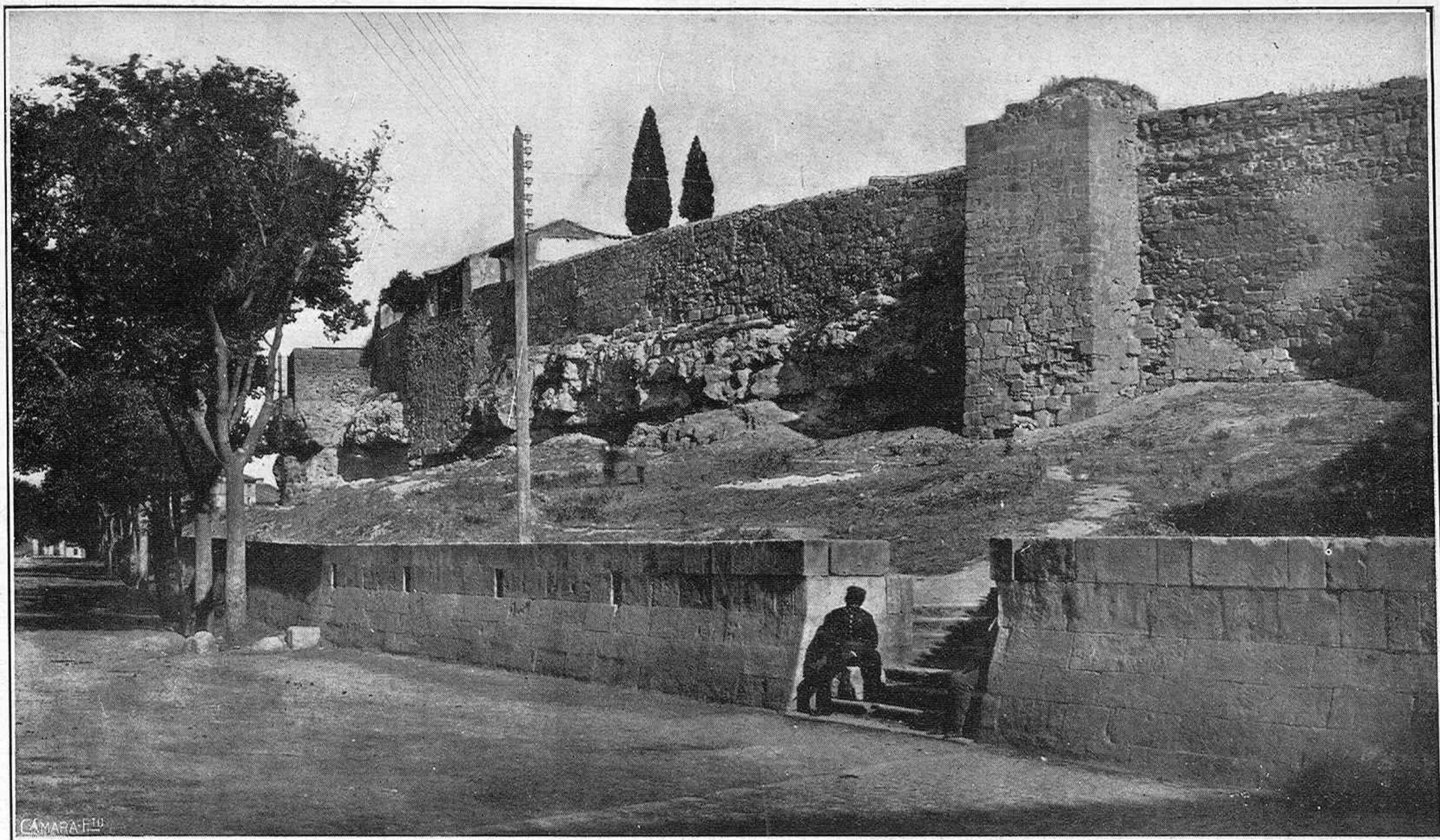
La torre de la casa de Monterrey, en Salamanca

de Castilla. Funda su monasterio, sin poner «en él el Santísimo Sacramento», en una posada de estudiantes que le ha proporcionado la solicitud de Nicolás Gutiérrez. Y ocurre la primera noche que pernocta Teresa en el caserón estudiantil la anécdota más graciosa y ocurente de su vida peregrina.

El caserón es destartado, ancho, sonoro. Silba el viento en el desván. Duerme Teresa, al lado de una monjita de más edad que ella, «sor María del Sacramento, tan excelente y tan boba, «que me dan hartas ganas de reír». Los estudiantes han salido malhumorados y á contrapelo de la casona. Sor María, que ve visiones, al apagar la luz no percibe más que sombras de estudiantes por todos lados. Y comunica su inquietud á Teresa. Doblan á muerto las campanas de Salamanca, que es noche de ánimas; silba el viento en el desván; el Tormes rima sordamente su canción con el viento. En la muerte piensa sor María la cuidada. Una cruel idea agita el pensamiento de la pobre mujer. Si Teresa muriera de repente, ¿qué sería de esta pobre sor, que se ahoga en un dedal? Y la misera comunica su turbación á la madre, que está envuelta en una manta que la ha regalado la caridad.

—Si eso fuera, proveeríamos—contesta—. ¡Ahora calle, hija, y déjeme dormir!

¡Déjeme dormir! ¡Pobre esposa del Dulce Jesús bueno, y á qué aventuras y riesgos te llevan tus amores con el elegido de tu espíritu, en libertad de amor! Hace cuatro noches que no pega los ojos Teresa; ha venido de Medina la del Campo por Carpio, por Campillo, por Cantalapiedra, por la Carolina, oyendo las frases soeces de las turba, que se ríe siempre de las aventuras y de las ena-



Vista de la muralla antigua de Salamanca

moradas, aunque sea á lo Divino, como nuestra Teresa. ¡Déjame dormir y calla, hija mía! Calla; el corazón, en las tinieblas, dialoga mejor con el Esposo; la fantasía teje mejor sus hilos de oro en el silencio. ¡Calla, hija mía, para que hable mi corazón!

ooo

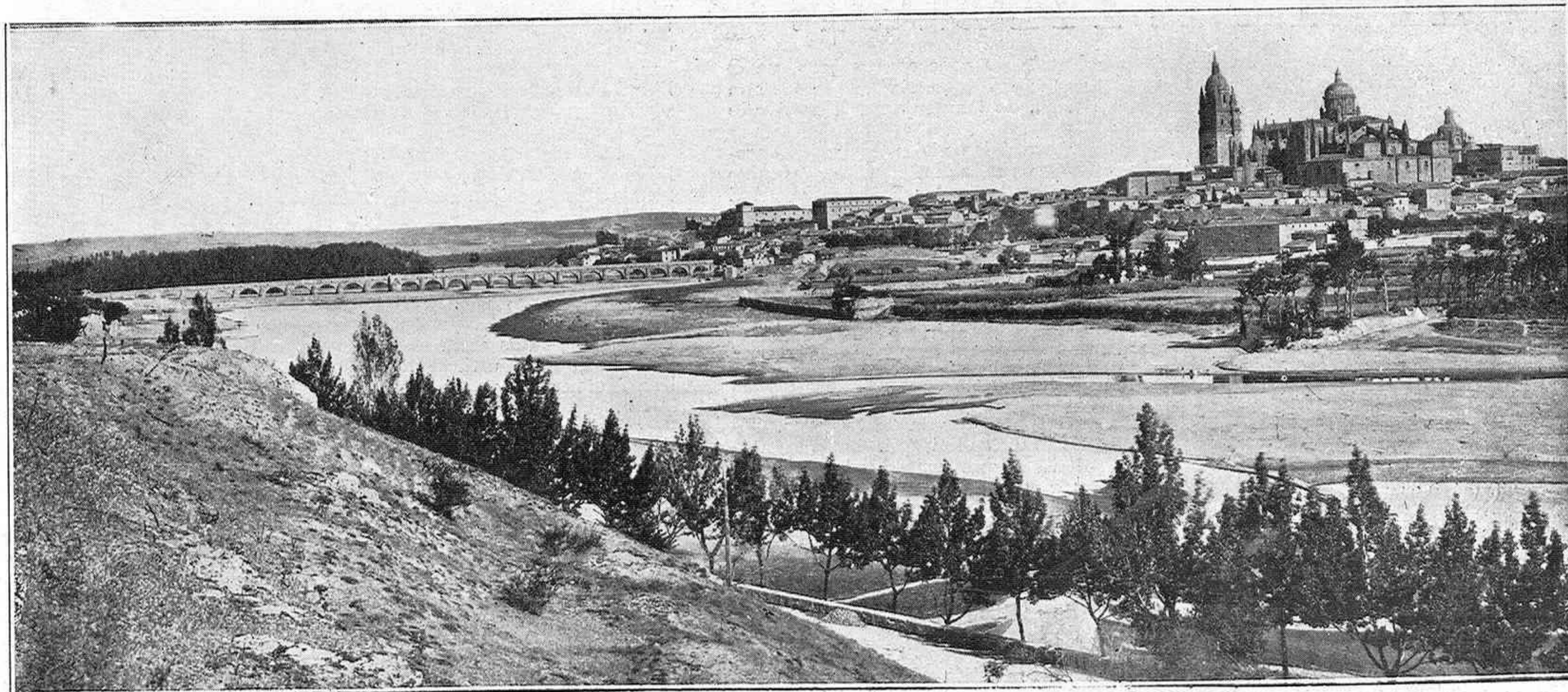
La Salamanca del río, la del Arrabal, la de la Peña Celestina, la de la puerta de Aníbal, la de las murallas, la del torito de piedra, es la Salamanca de Teresa de Jesús. Y es también, lector, la mía. Va para tres años que una mañana, viajando en automóvil con el fin de acometer una empresa en la que puse yo también todos mis amores y fué luego para mí semillero de tristezas, de las que el tiempo me ha curado

ya, vi salir el sol desde el arrabal. La estampa de Siena, de Florencia, parecía Salamanca en aquella hora y sazón. Salamanca se tiñó de rojo á los primeros besos del sol. Se encendieron como ascuas de oro las Catedrales, la Clerecía, la Merced, y comenzaron á tañer las campanitas monjiles su plegaria mañanera. El silbato de un tren rasgaba también el silencio, allá por los cerros de Arapiles. Atrás habíamos dejado nosotros, sumidos en la sombra y en la modorra, Alba, la señora feudal del orgulloso Castillo de sus duques, y Peñaranda con sus paneras y su Juzgado. Ibamos á tierras del Duero, fronteras con el mimoso Portugal. ¿A qué? ¿Recordáis, amigos? Y rimando con nuestra esperanza, tañía también el cimbalillo universita-

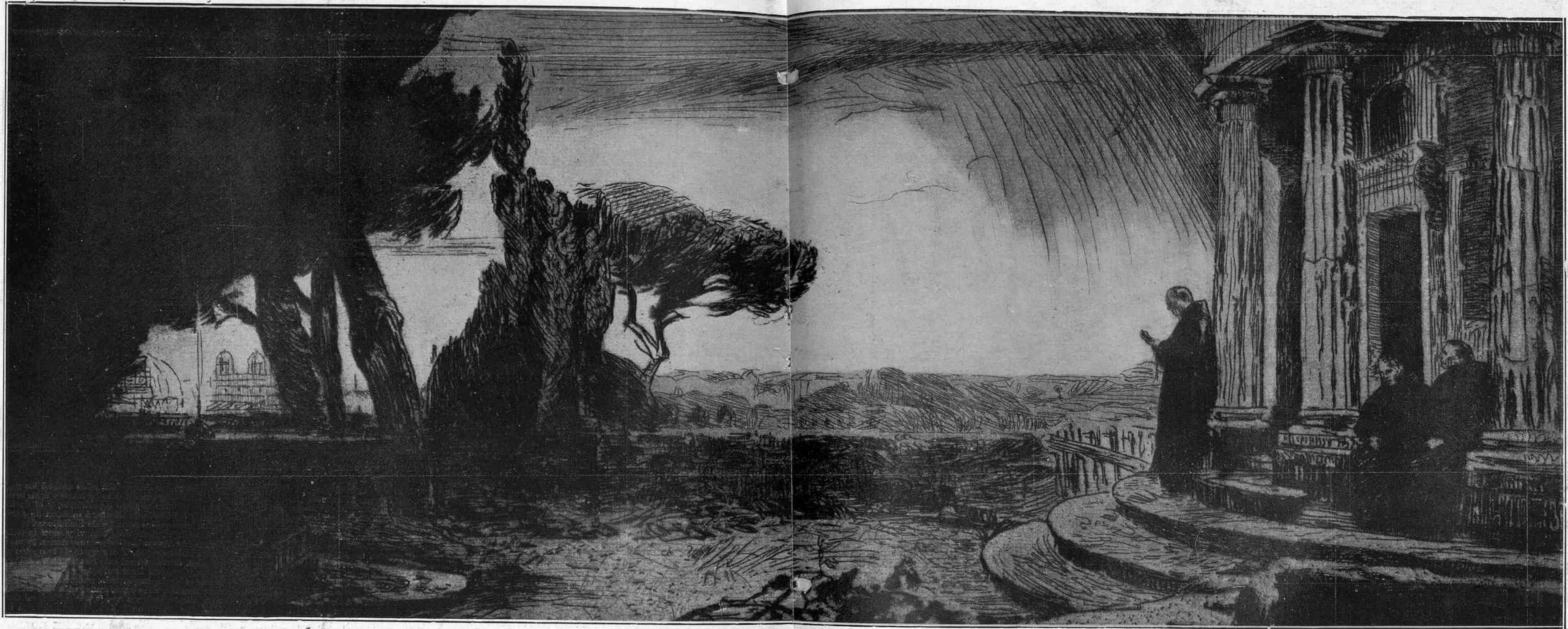
rio, el que nos despertaba años atrás á los pensares del aula con Dorado Montero y á los amores de nuestra reja de estudiantes, y el tañido sonaba á Sábado de Gloria, á mañana de Abril, en nuestro pobre corazón de luchadores.

Aquella mañana de Junio vi y sentí la Salamanca de Teresa de Jesús como nunca la viera ni la sintiera antes. Y al remate de tres años no cabales, florece en mí este recuerdo con tal pujanza y con tal frescura, que yo lo deposito á los pies de la mujer más pura, más delicada, más risueña, más enamorada, más rica en matices y en emociones que jamás pariera mi Castilla, tan estéril en frutos de bendición: ¡a los pies de Teresa de Jesús!

José SANCHEZ ROJAS



Vista panorámica de Salamanca



LA TENTACIÓN

En la serenidad de la mañana, clara y colmada de ecos campesinos, ya el monje oyera como un mal presagio el tremar del automóvil, el ronco son de su bocina y la alegre parlaría, entre risas, de las mujeres. Y sabiendo por qué, sintió oprimírsele el corazón.

No tardarían en llamarle para que acompañara a los visitantes y les enseñara los tesoros de la Abadía y desentrañara una vez más el simbolismo arcaico de los capiteles del claustro y fuese enumerando las reliquias. Y menos mal si los visitantes no eran amigos de otro tiempo, aquellos que acudían atraídos por una malsana curiosidad para interrogarle acerca de la vida monástica y acucharle en sus palabras ó en sus miradas un momento de amargura, de cansancio ó de nostalgia.

Y había de abandonar sus libros, su solitaria contemplación del paisaje, su aquietamiento emocional, para encararse nuevamente con las gentes estólicas ó las sonrisas maliciosas y las impertinentes alusiones.

—Me crispa los nervios, padre Daniel—le decía á aquel compañero de Comunidad, diez y ocho años más joven que él, y que ya había cantado misa hacia cinco años, cuando Gerardo Alcázar buscó el asilo piadoso.

Al padre Daniel se le encendía el rostro en infantil pureza de temores. Conocía los arrebatos de fray Gerardo, y no por disculparles le inquietaban menos. El era un espíritu sencillo, de una inverosímil inocencia conservada desde la niñez. Había ingresado en la Abadía á los once años, como oblato, y ya no salió de ella.

Su alegría ingenua, su candor efusivo, su contagiosa humildad, le hacían elegible siempre entre los demás para acompañar á las señoras en el comedor de fuera de la clausura, cuando los hombres comían en el refectorio en medio de los frailes.

Y las mujeres, acuciadas de coquetería y de malicia, quedaban vencidas, contenidas muy pronto por la dulzura limpia de la sonrisa, por la calma feliz de unos ojos azules.

—Usted no es un monje, padre Daniel; es una monjita—le decía fray Gerardo, sin villanía de pensamiento, sin una oculta intención de molestarle. Era, por el contrario, un deseo de expresar la admirativa sorpresa, el respeto que le causaba tanta inocencia en un hombre, tan fuerte suavidad de alma prolongada desde la infancia en una dulcedumbre sonriente.

Y el padre Daniel correspondía á ese afecto de fray Gerardo en una absorta

actitud de sumisión y de deslumbramiento. Se escandalizaba de las violencias, de los arrebatos ásperos, cada vez menos frecuentes, del que aspiraba á los votos solemnes, del que ponía su madurez flaca, consumida por el estudio y la disciplina monástica, entre las filas de adolescentes que aspiraban al sacerdocio.

En la Abadía era conocida la vida anterior de Gerardo Alcázar. Escribiera libros de exaltada paganía; derrochara su fortuna en aventuras amorosas y en viajes; tuviera fama de hombre descreído, pendenciero y amigo del alcohol.

Pero, súbitamente, cercano ya á la cuarentena, Gerardo Alcázar abandonó el mundo sin rencor, sin pena y sin cobardía; y á la misma hora que en no muy lejanos amaneceres blasfemaba en garitos y burdeles, recorría ahora los claustros tiritando bajo su cogulla, camino del coro...

ooo

Al entrar en el Refectorio, vió á los visitantes, mientras el abad les vertía el agua sobre las manos y hacía el ademán de secarlas con la tohalla. Les reconoció en seguida. Eran Carlos Santisteban, Manolo Ríos, Pepe Fortún, los más temibles del ayer turbulento, los íntimos cómplices de tantas fechorías. Desde hacia dos años no habían vuelto.

Recordó la última visita. Retardó salir, sabiendo que excitarían su cólera fácilmente, ya que no respetaban en el monje de hoy al camarada pretrito.

«¿Sería ahora lo mismo?», se preguntó, ya en el Refectorio, sentado en su banco, entre los profesos de votos simples. Les veía en la mesa, un poco lejana de la suya y próxima á las del abad y del superior, contrastando sus trajes claros, sus actitudes, un poco ridículas ya, de Donjuanes maduros, con las siluetas magras y negras de los monjes.

La voz del lector, gangosa, monótona, desprovista voluntariamente de toda caricia eufónica, de toda armonía rítmica, rumberaba por encima de las cabezas inclinadas sobre los platos. De cuando en cuando se levantaba un padre de coro ó entraba un hermano converso para ir á arrodillarse ante la mesa del abad. Allí permanecía silenciosamente, arrepintiéndose del pecado que le imponía tal penitencia. El abad parecía no ver al genuflexo; seguía comiendo, sosegado y grave. De pronto daba un golpe con el cuchillo sobre la tabla, y entonces el penitente se levantaba y volvía á su sitio. A veces eran preciso dos, tres, cuatro golpes de cuchillo espaciados sobre la madera, antes de que se levantara el monje ó el lego.

El padre Gerardo hubo de arrodillarse también ante el abad. Purgaba una falta de violencia, uno de aquellos impulsos agrios, donde su soberbia de otrora reaparecía con intervalos cada vez mayores... Pasó junto á sus amigos

de ayer sin mirarles; pero notó la ausencia del padre Daniel, y ello le inquietó. ¿Qué mujeres vendrían con Santisteban, Ríos y Fortún? De ellos, sólo el último estaba casado y acostumbrado á prescindir de su esposa.

ooo

Cuando el superior le dijo que fuera á tomar café con aquellos señores y las señoras, que permanecían en el comedor acompañadas del padre Daniel, nada en su rostro delató la menor emoción. Y, no obstante, en lo hondo, muy en lo hondo, sufría la angustia de un presentimiento.

¡Oh! No le engañó su corazón. Allí, acompañada de la esposa de Fortún, de la hermana de Ríos, estaba ella. La condesita de Hornaída, en cuya pasión se consumiera lo mejor de su espíritu y de su fortuna. Comprendió las miradas de sus amigos, acechándole las ideas, buscando el efecto de la última tentativa para arrancarle del claustro; se dió cuenta de la involuntaria é inocente complacencia de Blanquita Ríos y de la mujer de Fortún, que mostraban solamente cierta regocijada curiosidad. En cuanto á ella, le miraba sonriendo provocativa, despreciativa del beneditino avejentado, flaco, humilde en sus hábitos negros.

Pero él la hizo bajar los párpados y morderse los labios. La saludó con la cortés mundana de otro tiempo, donde había una indiferencia nueva, desconocida é inesperada para ella.

Y mientras ella retorció el pañuelo de encaje entre las manos y hablaba con frases recortadas y secas y palidecía de rabia, el padre Gerardo se notaba feliz como nunca; libre como nunca; más de Dios que nunca.

Les enseñó el claustro; les explicó los misterios arcaicos de las piedras sagradas de siglos y de fervor; les mostró las reliquias, con una facundia entusiasta y una serenidad dichosa; y cuando ella, aprovechando un instante de descuido, le susurró con su voz cálida de contralto:

—¿Pero es posible que no te acuerdes de nada?—se inclinó hacia ella, sin rencor, sin miedo y sin reproche para preguntar:

—¿Perdón! ¿Decía usted, condesa...?

—Tenía la voz firme, los ojos tranquilos, el espíritu limpio.

Entonces ella le volvió la espalda y se dirigió hacia el padre Daniel; un padre Daniel distinto, con el rostro lívido y la boca sin sonrisa y los ojos asustados.

ooo

Fué á la otra tarde cuando el padre Gerardo se dió cuenta de cómo la última turbación que salió de su alma había cambiado de refugio, siendo la primera en el alma del padre Daniel.

Tendiase paliamente la luz sobre los campos silenciosos, y, como en tantas

otras tardes, el padre Gerardo salió al jardín donde el bullicio de los oblatos contrastaba con el reposado deambular de los novicios ó el sosiego meditativo de los padres de coro.

Llevaba su habitual espejo intelectual, aquel cuaderno que iba llenando con su letra menuda, puesto de pie en la gradería de piedra, rostro al crepúsculo. Eran esbozos, anticipaciones de trabajos más extensos, citas de lecturas, observaciones nacidas á lo largo de las horas de estudio en la celda...

Al salir vió al padre Daniel sentado con otro monje en el banco circular del pórtico, y le halló la misma expresión de tristeza y la desolación infinita en los ojos azules... ¡Y él, que sentía abierto su corazón á la inmensidad del amor divino, é ingravido en la luz de la fe su cerebro!

Tembló por el padre Daniel. En el espíritu sanamente monjil, ¿quién sabe qué nuevas inquietudes pudo despertar la condesa de Hornaída?

Le sintió acercarse, y volvió la cabeza, sonriéndole. El padre Daniel le miraba ansiosamente. La misma ansiedad nubló la sonrisa del padre Gerardo. Por un momento, los dos hombres se engañaron respecto del pensamiento fraterno.

—Tomo por usted, padre Daniel...

—¿Por mí? ¿De qué?

Súbitamente había recobrado su expresión candorosa, de infantil ingenuidad. El padre Gerardo quedó confuso. No. No era posible lo que imaginara. ¿Entonces?

—No sé... Ayer le encontré á usted cambiado...

Se miraron á los ojos fijamente. Y el padre Daniel encontró que las pupilas del padre Gerardo tenían una dulzura y una inocencia desconocidas hasta entonces.

—Es que nunca temí por usted como ayer... ¡Sus amigos nos hablaban de un modo!... Aquella mujer se vanaglorió de que le arrancaría de nosotros y de Dios... El padre Gerardo se avergonzó de lo que pensara antes.

—Entonces, ¿era eso lo que le tuvo triste y pálido, padre Daniel?

—¿Qué otra cosa podría ser, padre Gerardo?

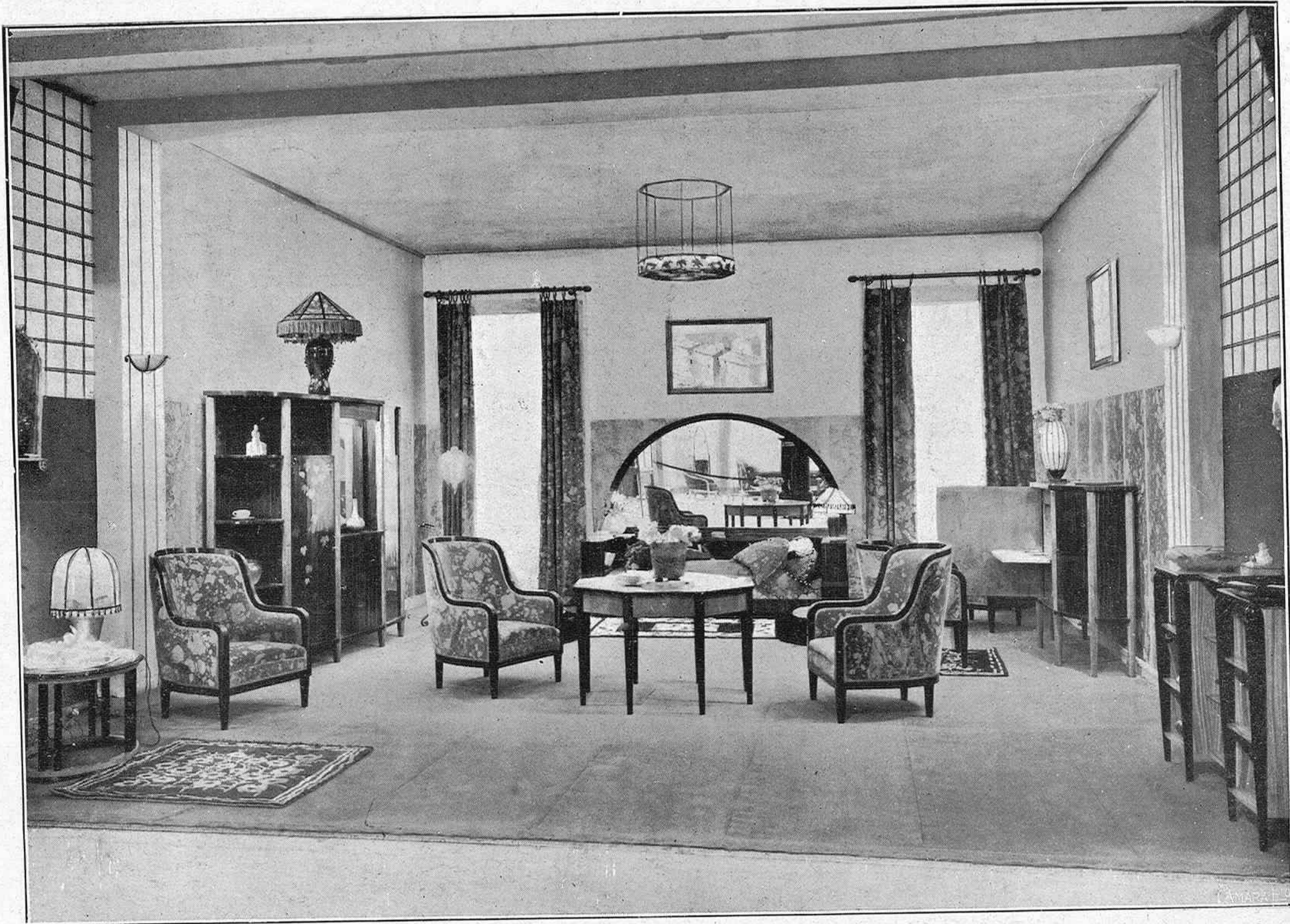
¡Oh! ¡Cuánta sencillez virginal en las pupilas, qué interior gozo rebosando de los labios puros!

El padre Gerardo inclinó la cabeza sobre el pecho, avergonzado y feliz. Nada ya le nublaría los años futuros de paz.

Una paz infinita, como la extendida paliamente sobre el campo, sobre el jardín monástico, sobre las risas de los oblatos y los paseos lentos de los novicios...

José FRANCÉS

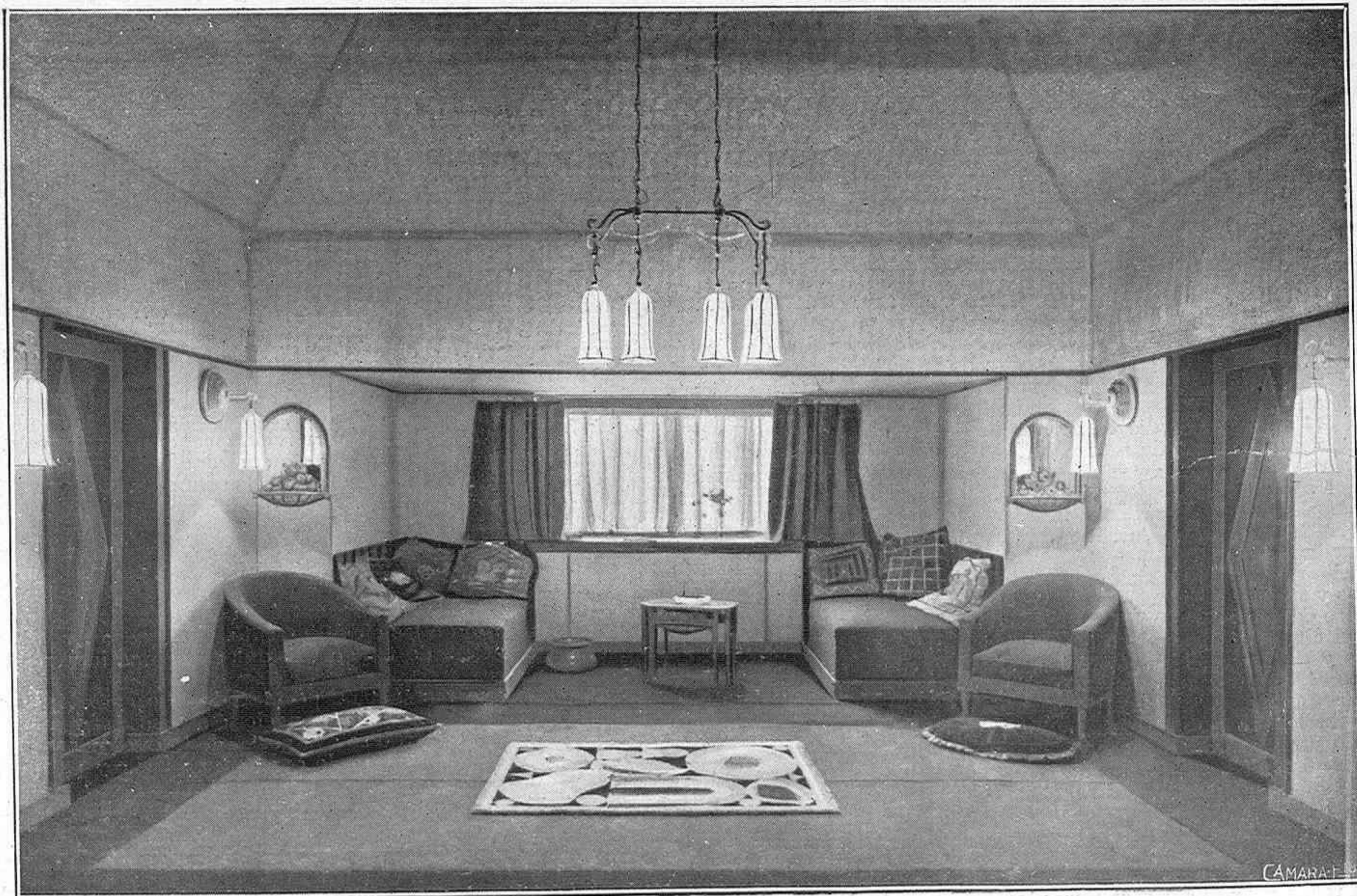
AGUAFUERTE DE LEANDRO GROS



Saloncito-estudio con mobiliario de ébano y arce, y marquetería de arce y plata

El buen gusto en el hogar

La tendencia hacia la sencillez y simplicidad en el decorado y mobiliario continúa acentuándose, cual lo demuestran las ilustraciones de las presentes páginas. Necesaria reacción contra el excesivo desbordamiento suntuario que impuso el segundo Imperio francés, el «home», ya sea aristocrático ó perteneciente a la mesocracia adinerada, adquiere poco á poco el carácter de simplicidad, sin desatender ninguna de las exigencias del confort que impone la vida íntima, higiénica y sana. Desaparecen ó muestran una decrepitud cada vez más acentuada los llamados «estilos» en el decorado de la casa moderna, dejándose al artista decorador la más completa libertad en su obra, que sin duda habrá de constituir un todo armónico con el carácter, los gustos, el temperamento, la edad y las inclinaciones estéticas de los habitantes de la casa. Así, por ejemplo, la primera de nuestras fotografías nos muestra la disposición interior de un pequeño salón de estudio destinado á un escritor, y aun mejor á

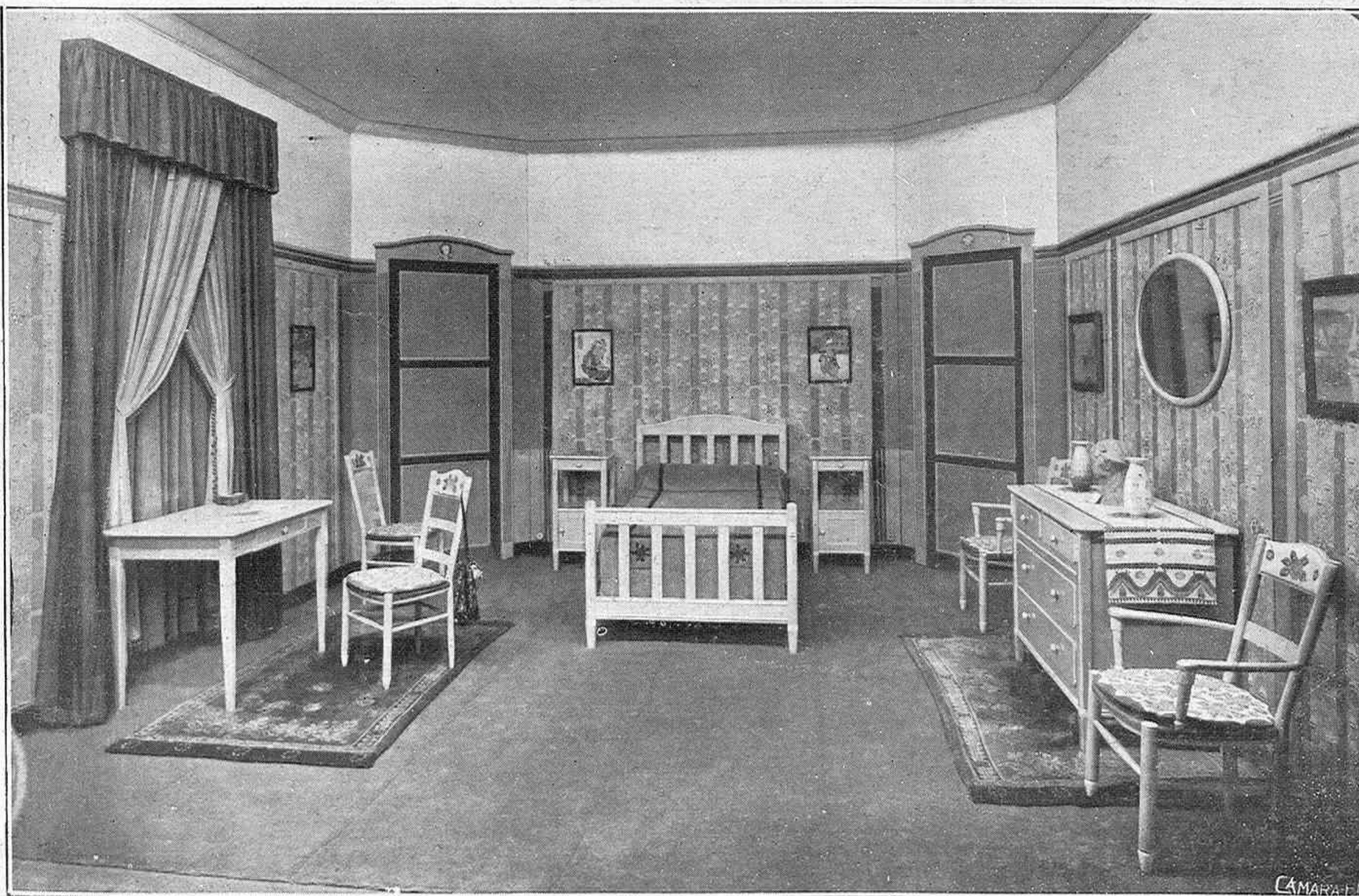


Pequeño «hall» ó recibimiento

CAMARATI



«Nursery» ó cuarto de niños, con muebles de roble y tapicería de hilo



Cuarto de soltera

FOTS. BOYER

Una casa sencilla y elegante

una bella escritora que ame recogerse de vez en cuando en la soledad de su aposento para dar paz al espíritu y libre vuelo á su fantasía creadora.

Es un *sancta sanctorum* elegante, exquisito, de una refinada delicadeza de detalles, invitador al ensueño, y del que no pueden surgir sino páginas saturadas de delicada poesía. Inundado de luz por los amplios vitrales y dos salidas á una galería exterior, puede también servir de refugio al artista, pintor ó escultor, para el primer trazado de sus bosquejos. No menos significativos de la expresada tendencia hacia la sencillez son los otros tres modelos restantes: el «hall» ideado por Mallet-Stevens, la «nursery», planeada por madame Lucie Renaudot y, por último, el encantador «cuarto de soltera», realizado por Damon, en el que las líneas generales del mobiliaje y aun muchos detalles del decorado sugieren una vaga impresión de orientalismo, sin llegar, naturalmente, á definir netamente un estilo determinado, peligro del que hay que huir á toda costa.

EL DEPORTE DEL PUÑETAZO

UN individuo se querella con otro en la calle, le da un puñetazo, ó inmediatamente la gente se agolpa en torno, le detienen los guardias, es llevado á la Comisaría y paga luego las consecuencias. El puñetazo ha tenido sanción como brutalidad.

Pero ese mismo individuo se desnuda, conservando sólo un pantaloncito de color, anuncia que dará de puñetazos á otro que se presente en igual forma, pero que hay que pagar por verle, y la gente acude á la taquilla, deja el dinero y llena el local donde se van á repartir los mamporros. En este aspecto el puñetazo es

tenido como deporte y el que los da es aclamado mucho más que si acabase de descubrir un suero beneficioso para la Humanidad.

Y es que ahora nos ha dado por considerar como espectáculo atrayente y hasta instructivo el ver cómo dos tíos bárbaros se rompen las narices en nombre de la cultura, ya que, según parece, los deportes ayudan al desarrollo de la misma.

Sea como sea, lo cierto y positivo que podemos afirmar es que el boxeador tiene actualmente una personalidad muy cercana á la de los artistas y que inspira una curiosidad que no siempre han logrado despertar un poeta, un literato ó un cantante.

—¡Qué bárbaro! Fíjate en los músculos. Ese tío da un puñetazo en la nuca á un hombre, y lo rebaja.

—¡Qué lástima que el puñetazo no se lo dé á mi casero, á ver si lo que le rebajaba eran los pisos.

El luchador es, desde luego, un ser que se siente completamente satisfecho y que se pasa todo el día dando gracias á la Naturaleza por haberle dotado de una fuerza que parecía exclusiva-

mente reservada á los bueyes que amorosamente van tirando de una carreta.

Los luchadores, como todos los hombres que gozan de reputación, se ven constantemente asistidos por un grupo de admiradores que tienen á orgullo tratar en la intimidad á quien es capaz de romper las narices más fuertes con la misma facilidad que se suena las suyas.

—¡Este? No tiene más que cogerte la mano y apretártela, y te ha dejado que no te sirve ni para saludar á un amigo. Anda, haz la prueba.

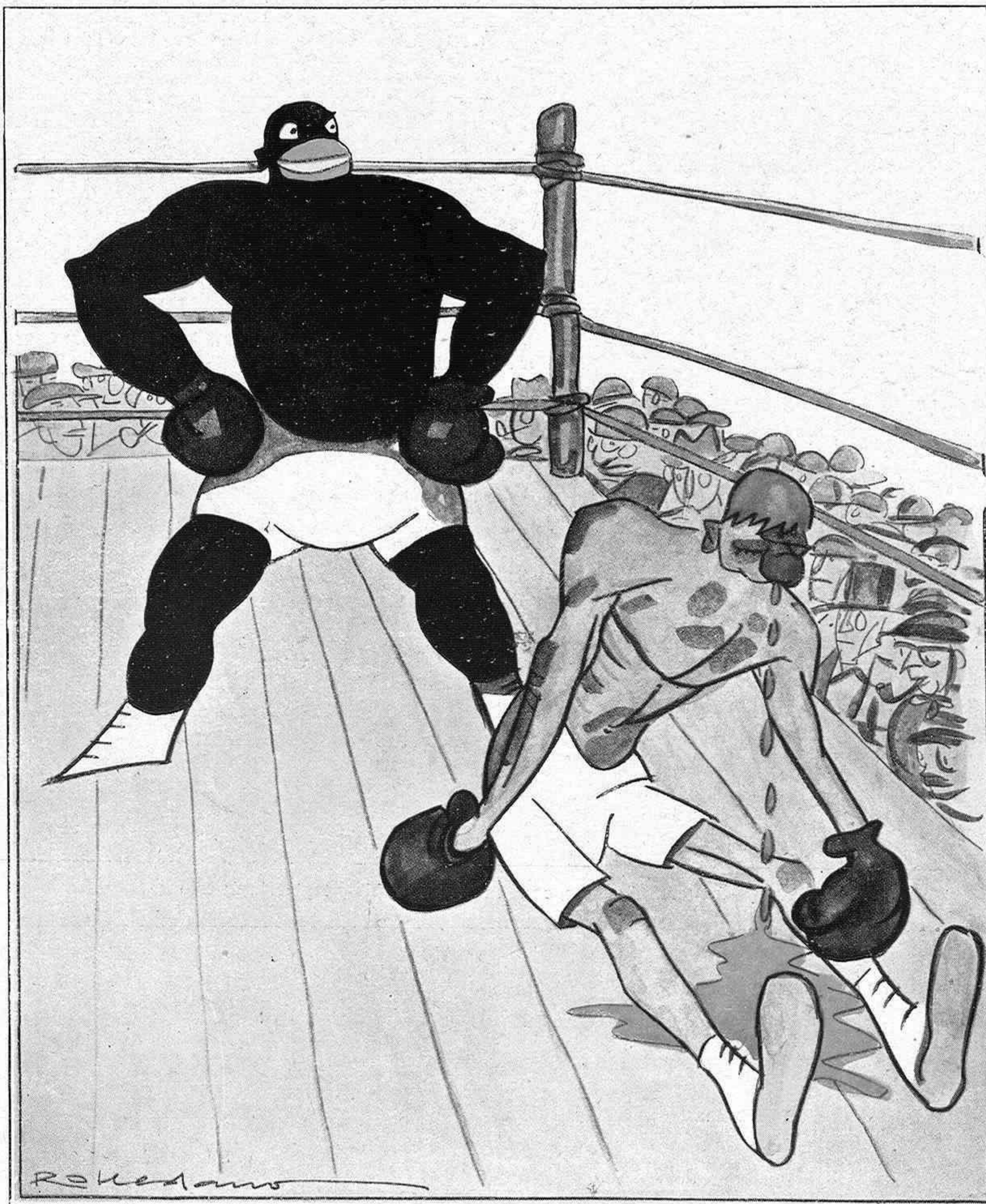
—¡Yo? ¡Anda y que la haga con Neptuno, á ver si no puede luego sostener el tenedor!

El aludido sonríe vanidosamente y dice, lleno de modestia:

—No tenga usted cuidado. A los amigos los trato con dulzura.

—¿Es atrayente el espectáculo del boxeo? Por lo visto, sí, ya que la gente paga grandes cantidades por presenciarlo y sigue emocionada una lucha entre dos bárbaros de esta naturaleza.

Salen al ring—creo que se llama así—y los espectadores los miran emocionados, pensando en los trastazos que se van á proporcionar y que ellos van á ver cómodamente sentados en



su localidad. Uno de los combatientes se adelanta, y, ¡zas!, le larga al otro un metido en el estómago.

—¡Ay!—dice gran parte del público, como si fuese el propio el que ha sentido el golpe.

—En el estómago. ¿Ha visto usted? Ha debido hacérselo papilla. En el estómago. Figúrese usted. ¡A mí, que me duele con que coma un plato de pimientos fritos!

—Pues á eso tío, nada. Ahí le tiene usted, que se dispone á devolver el trompis.

Efectivamente, la lucha sigue y el público la sigue, cada vez con mayor interés, comprobando

que los golpes son auténticos y capaces de desrriñonar á un ciudadano que no esté hecho para ello; porque, eso sí, riñanse ustedes de las protestas que surgen en la plaza de toros cuando sale un cornúpeto chico, ante el escándalo que se arma si se sospecha que los mamporros no son todo lo auténticos y definitivos que deben ser.

—¡Esto es un engaño! Ese golpe no es para romper las muelas á nadie.

—¡Fuera! ¡Ni siquiera se han hinchado un ojo!

En cambio, cuando uno de ellos, el más bruto, naturalmente, acierta á atizarle al otro un golpazo enorme, la gente se vuelve loca de entusiasmo y exclama:

—¡Eso es! ¡Bravo! Me parece que el desgraciado ese va á tener que regalar á los amigos los pañuelos que tenga, porque no le quedan narices para utilizarlos.

Hay espectáculos culturales de estos, verdaderamente conmovedores.

A. R. BONNAT

DIBUJO DE ROBLEDANO

LA ESFERA
ARTE MODERNO



EPITALAMIO, por Juan Luis

CAMARA-FIU

PRESENTACIÓN DE UN CORONEL



El lunes 10 del actual estuvo el Príncipe de Asturias en el cuartel de los Docks, con objeto de asistir á la presentación del nuevo coronel del Regimiento del Rey, D. José Gobart Urquía. El general Saro, en calidad de ex comandante del Regimiento, hizo la presentación del nuevo jefe y luego pronunció una vibrante arenga. Las tropas del batallón del Rey desfilaron, por último, ante el Príncipe de Asturias, general Saro y coronel Gobart FOT. CAMPÚA

LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Por lo visto, la mujer que tiene bonita voz es dueña de un tesoro. Una bonita voz al hablar, no como instrumento para el canto.

Así al menos lo declaró anoche un novelista amigo en una reunión á la que asistió la *crème de la crème* del mundo literario. Una de esas reuniones en las que cada uno de los presentes se esfuerza por hacerse oír y no habla más que de sí mismo y de su obra.

Creo sinceramente que anoche fui yo la única persona que, á ratos perdidos, escuchó la conversación.

Entre las muchas cosas que escuché, recuer-



El vestido debe ser siempre cuidadosamente elegido; pero una dama elegante debe preocuparse principalmente de sus sombreros. La Maison de Pablo, trasladada recientemente á la Gran Vía, 18, puede satisfacer el gusto de la dama más exigente

un cordón de plata—y mangas japonesas, va profusamente adornada con un diseño logrado con nudos de torzal gris plomo; como el *charmeuse* que le sirve de forro y el raso con que está confeccionado el sombrero de forma *cloche* y alas prolongadas á ambos lados, bajo dos grandes borlas de seda deshilachada azul.

En cambio, procuraría un tono de voz infantil y muy atiplada para mi traje de noche, de tisú tornasolado en rosa y celeste, de falda pomposa y corpiño ajustado por un cinturón de tul de plata, atado en una gran lazada de alas de mariposa á la espalda.

Para el traje de amazona cultivaría una voz recortada y una de notas graves para el de *golf* y *jockey*. Y, á propósito del primero, se asegura que la aceptación de la falda larga determinará un cambio en el atavío del *sport* ecuestre. Horroriza el pensar que se nos obligue á volver á los tiempos de cuerpo entallado, chistera y cola. Desde luego, es para intranquilizar el empeño que muestra la moda por retrotraernos á la época medieval.



do con especial claridad esta teoría del novelista, y me gustaría comprobar su fundamento, porque soy un poco escéptica respecto á las ideas de los hombres de letras. Necesitan los pobres presentar tantos casos distintos, que no tiene nada de particular el que en ocasiones se dejen dominar por la fantasía.

Según el escritor en cuestión, una mujer con bonita voz puede alcanzar cuanto se propone y subyugar á todos los que la escuchan. No puede negarse que, de ser cierto esto, implica una ventaja singular; y desde que le oí, estoy repasando en la imaginación las voces de todas las mujeres de reconocido atractivo que he conocido.

Ninguna de ellas posee lo que estéticamente hablando podría llamarse una bonita voz. No tienen resonancias melódicas, ni armónicas, ni cantarinas. Quizá posean, en cambio, un poder especial para modular. Desde hoy mismo pienso dedicarme á estudiar este asunto y á poner luego en práctica mis conocimientos.

Porque yo no me resigno á pasar por el mundo sin llamar la atención, sin que se comente la gracia de mis andares, mi gusto en el vestir, la expresión de mis ojos, la dulzura de mi sonrisa y..., ahora que sé la importancia que tiene, el eco de mi voz.

El caso es que resulta muy difícil el cultivo de esta última. No oyéndose una misma, es imposible saber cuáles son los defectos que conviene corregir. Si Diego no hubiese permitido que una diferencia de gustos erigiese una barrera infranqueable entre nosotros... Es el único hombre que se ha permitido el lujo de ser franco alguna vez.

Quizá mi violinista... Pero un hombre enamorado sólo ve perfecciones. Esta es una de las contadas ventajas que ofrece tal estado de ánimo. No estaría mal el procurar armonizar las inflexiones de la voz con el carácter del indumento. Con ello se lograrían efectos admirables. Así, yo elegiría una modulación de tono muy pastosa para los casos en que vistiera mi nuevo abrigo de tarde, de seda color de jacinto, cuya parte superior—ceñida á las caderas por

CUENTO

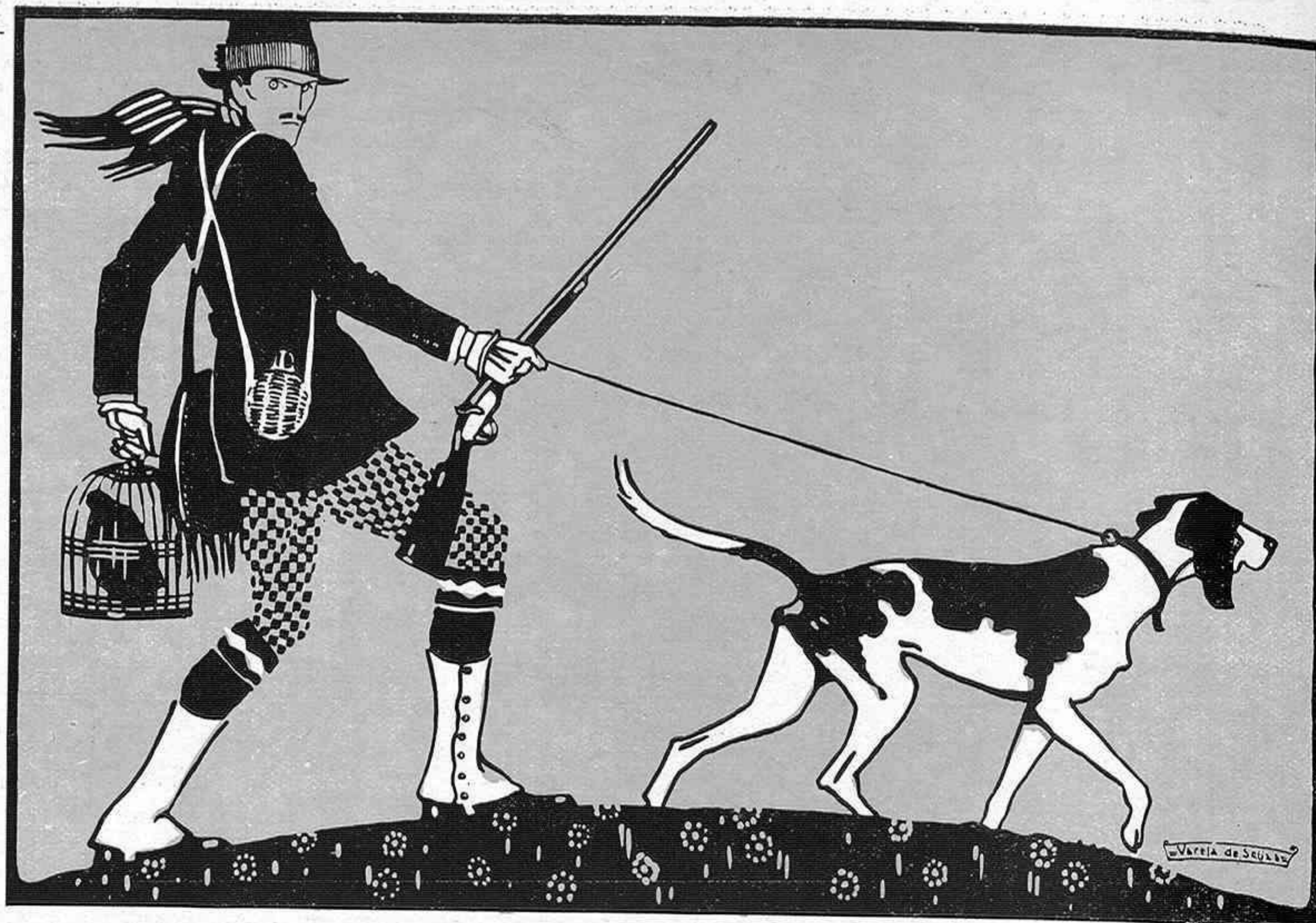
Un gran puesto

El viento soplaba con furia. ¡Se iban a divertir! Tres días llevaban sin poder salir al monte, oyendo el fatídico y triste ulular del huracán desencadenado... Juan Antonio, reclinado sobre la mesa, meditaba, sumido en una suave y arrulladora tristeza. ¡Y para esto había abandonado la gran ciudad, donde tan a gusto se hallaba con su mujercita y sus hijos, y donde él, tras el ingrato batallar, comenzaba a cosechar sus primeros frutos! Y sentía Juan Antonio, como nunca sintió, la nostalgia de la gran urbe. ¡El quisiera ahora, en este preciso momento, trasladarse a Madrid!

Estaban en la Casa de la Rambla tres días, y el tiempo, furioso, agresivo, no les había dejado cazar. Los reclamos, desesperados, rugían más que cantaban, dentro de sus jaulas diminutas. ¡Pobres machos de perdiz, condenados no sólo a la esclavitud, sino a constantes excitaciones esperando, en el momento culminante de la caza, una acometida del rival, que se traduce en el estampido del cañón! ¡Pobres machos de perdiz, instrumentos ciegos para el asesinato vil de sus hermanos!

De sobra sabía Juan Antonio que la caza de la perdiz con reclamo era artera, traidora, aleve. Un asesinato con las circunstancias que concurren en esta caza—premeditación, alevosía, engaño...—no se pagaría con la pena de muerte. Juan Antonio sabía estas cosas, y, sin embargo, esta afición lo dominaba, sin poder remediarlo. Después de un gran puesto, en que había tumbado seis u ocho inocentes perdices, una tristeza, un abatimiento inexplicable apoderábase del veleidoso espíritu de Juan Antonio. ¿Por qué? No lo sabía... Una voz queda, una voz que no acababa de oír, parecía decirle que aquello era un crimen, ya que en todas las luchas lo imperdonable es la traición, el acecho, el engaño. Y, sin embargo, tenía tan arraigado el vicio, la afición, o como quiera llamarse, que todos los años escribía con antelación para que le buscasen nuevos reclamos, a cualquier precio, con tal de que reunieran las cualidades de los machos sobresalientes... (Buena voz, trabajo constante, suavidad al recibir, querencioso con las hembras...) Y todos los años, por Febrero ó Marzo, visitaba su finca, donde el esparto crecía junto a los pinos, a los romeros, a las sabinas..., y donde la brava perdiz se perpetuaba, a pesar de la anual mortandad...

Era para Juan Antonio esta temporada paréntesis de reposo y de paz, en que la neurastenia le otorgaba un bill de indemnidad por algún tiempo. Además, para poder ordenar sus trabajos en el posible silencio—trabajos que por ser literarios constituían horas de placer para



Juan Antonio—no iba la familia, y sólo algún amigo íntimo, como Carlos Ruiz, solía acompañarle, porque también el amigo iba a descansar y... a ordenar. Quizá por estas indiscutibles ventajas que, de rechazo, le proporcionaba la afición a la caza—sin contar las forzadas horas de soledad y silencio, los dos mejores compañeros del alma—no se decidía a abandonarla. Y aun siendo un poco ridículo que Juan Antonio, que defendía en la Audiencia a los más inhumanos reos, se soliviantara ante la muerte de una perdiz, por una mera cuestión de procedimiento—la caza al vuelo estaba admitida por todos—, sentía, sin embargo, un vago y leve remordimiento ante sus cacerías...

ooo

No se le hizo tarde al Chato para llamar aquella mañana. A las seis estaba golpeando con fuerza la ventana de los señoritos. Tan fuertemente, que Juan Antonio y Carlos despertaron sobresaltados.

—Pero, ¿qué pasa, bárbaro?

—Que hace *mu güena* mañana, y las perdices se hacen pedazos a cantar por esas lomas y por esas mesas...

—Bueno, hombre. Ya vamos.

José, alias el Chato, era un guarda típico, clásico ó castizo, que de las tres maneras puede calificarse sin faltar a la verdad. Alto, huesudo, moreno, casi negro, tenía una boca descomunal. Hombre honrado, valiente—y más que valiente, bruto—, era el terror de los cazadores y leñadores furtivos del término. Su único defecto era... que el vino le inspiraba un afecto serio, tan serio..., que prefería ayunar a no beber. El no podía pasar sin tragar una gota, como él decía. Pero, en cambio, no podía probar bocado sin tener a mano la bota. Hay compensaciones...

Aquella mañana llamó tan temprano a los cazadores, porque, después de algunos días de huracán, amanecía un día sereno, tranquilo, sin una nube, sin una cepa, como por allí se decía; y José sentía como el que más el fastidio insuperable del viento, y ya tenía gana de que los señoritos se estrenaran. Y a juzgar por el castañeteo que tenían las perdices por los cuatro costados, la mañana iba a ser de truenos.

A las siete, Juan Antonio y Carlos, desayunando, discutían brevemente acerca de los reclamos que sacarían a romper el fuego.

—Yo—dijo Juan Antonio—me llevo al Albatano, que el año pasado estuvo colosal.

—A mí—dijo Carlos—déjame el Nano, que se portó muy bien la otra vez.

—Pues andando.

Y cada cual, con el reclamo a la espalda, marchó por su lado.

ooo

Estaba media hora en el puesto y no había podido abrir el libro que llevó por compañero. ¡Qué jaleo! ¡Qué escándalo! ¿Cuántas perdices cantaban? No podía precisarse. Por la izquierda, por la derecha, por delante...

No estaba contento, a pesar de todo, Juan

Antonio. Aquel puesto no le gustaba. Tenía muy mala racha. Sería imposible tirar una perdiz en la plazuela. Detrás del tanto, un cortado, que disminuía el ya escaso campo de acción de la escopeta. Sólo un peñasco, a la derecha del reclamo, emergía, ofreciendo un blanco excelente. Pero, ¿iban las perdices a subirse allí estúpidamente? Todo puede esperarse de los celosos y los enamorados; pero...

Cada vez se oían más cerca. Ya estaban allí... El Albatano no cabía en la jaula, erizadas las plumas, dando vueltas, pretendiendo pisarse un ala...

Una perdiz gallarda, majestuosa, surgió en el peñasco. ¡Qué hermosa estaba! Juan Antonio apuntó... Hizo fuego... Mas al desvanecerse el humo del disparo vió que la perdiz seguía allí, impasible... Y volvió a disparar... ¡Demonio! ¡La perdiz seguía allí! ¡Tan desatinado estaba? ¡Y cuánto celo demostraba aquel animalito oyendo dos tiros impasible! Metió otros dos cartuchos en la escopeta y, apuntando bien, rectificando la puntería, apretó... La perdiz seguía allí. ¡Ah! ¡Pues ahora no se escapaba! Y le dió gusto al dedo...

Cuando Juan Antonio vió que, después del cuarto disparo, la perdiz permanecía erguida encima de la peña, comenzó a preocuparse. Aquello no era natural... Aquello... Los cabellos se le erizaron. Mas se sobrepuso a su estado de ánimo y disparó dos veces más, con idéntico resultado... Y, loco, nervioso, agotó las municiones, apuntando lo mejor que pudo, y salió corriendo hacia la casa, como alma que lleva el diablo...

Al llegar a la casa mandó que engancharan el carruaje, y sin despedirse de nadie, salió a coger el primer tren...

ooo

«Querido Juan Antonio: Espero que se te habrá pasado el susto y vendrás en seguida. Pienso que estoy en tu casa, y que si no vienes, me iré en lo mejor de la temporada. ¡Parece mentira! El Chato asomó con tu manta, con tu escopeta, con el Albatano... y con doce perdices. ¡Buen manejo! Y lo ocurrido no puede ser más sencillo. Estamos a primeros de Febrero; las perdices no se han apareado y van en bando. Tu viste la suerte de encontrar aquel bando picado. Y como no tenían otra entrada, subían a la peña, disparabas... y subía otra. Sin duda, te impresionaste bastante y no pudiste observar la deliciosa escena con serenidad. Espero que vendrás inmediatamente. Hacen unos días magníficos. Tuyo, con un abrazo, Carlos.»

Todo inútil. Juan Antonio creyó, y cree, que la explicación, natural y lógica, era inventada por Carlos para quitarle la obsesión de aquello, que pudiera terminar en locura... Juan Antonio—y hace ya diez años—no ha vuelto a la Casa de la Rambla..., ni a cazar la perdiz con reclamo.

ARTEMIO PRECIOSO

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

MI POSTAL PARA EL SOLDADO

A los mártires de Monte-Arruit

Cuando esa chusma vil y traicionera, oculta en el breñal, os combatía, en vuestro noble corazón ardía todo el coraje de la raza ibera.

Más que el valor de la morisma fiera os venció la traición, la felonía... ¡Os lo ha dicho, vibrante de energía, en un grito de amor España entera!

Venga el cincel que fije en la memoria la visión de un martirio sin ejemplo, como triste enseñanza de la historia.

La piedad, el dolor y el patriotismo, de vuestra tumba harán sagrado templo donde se rinda culto al heroísmo.

A. CHÁPULI NAVARRO

LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



LA MERIENDILLA, cuadro original de Eugenio Hermoso

INTIMIDADES DE LA HISTORIA

LA NOVELA DE AMOR DE GAMBETTA



LEÓN GAMBETTA

LÉON Gambetta era en el Cuerpo Legislativo de 1869 el prestigio revolucionario que se alzaba, con su elocuencia briosa, frente al segundo Imperio vacilante. No era solamente en la tertulia del café Procope donde el joven abogado meridional empezó

á cimentar su fama de polemista. Su verbo sonoro y su cultura sólida habían tenido ocasión de manifestarse diferentes veces en tribunas que no suelen estar ocupadas por hombres de escaso bagaje intelectual. Saturado de buenas y copiosas lecturas, batallador, apasionado y liberal, no era maravilla que en un espacio de tiempo relativamente corto llegase á representar la oposición de las nuevas generaciones contra un régimen que llevaba á Francia, fatalmente, á un desastre.

A los veintidós años de edad se inscribía en el Colegio de Abogados de París; á los veinticinco años destacaba su personalidad de una manera tan brillante que el republicanismo lo consideraba como una de sus esperanzas más legítimas; á los treinta años, su defensa de Delscluze, en el proceso Baudin, asestaba un golpe mortal al Imperio; á los treinta y un años, los electores de Marsella y de París le otorgaban su representación en el Cuerpo Legislativo. Por fin, la oposición se encontraba encarnada en un hombre de recia contextura moral, dispuesto á no transigir, como Ollivier, implacable en el ataque, sereno y cauto en los momentos difíciles, pronto siempre á aprovechar la ocasión de asestar al enemigo la estocada que no tiene respuesta.

En aquella tribuna encontró Gambetta la gloria y el amor. Los días en que se anunciaba su intervención en los debates, aparecía en uno de los palcos una joven señora de gran belleza y recatado porte, que escuchaba al fogoso orador con una atención sostenida y que abandonaba su observatorio apenas otro político sucedía al jefe republicano. No tardó éste en notar lo que ocurría. Pasaron semanas y meses sin que la admiradora abandonase el incógnito ni cesase en el interés que sentía por aquel tribuno. Gambetta quiso descender el velo que la envolvía en el misterio, y un día, al descender hacía su escaño, la escribió unas cuantas líneas ardientes. Con estupor vió cómo la enlutada rompía el papel sin dirigir una sola mirada al que acababa de enviárselo, y, desde entonces, Gambetta no sintió sobre sí la mirada entusiasta de la incógnita, ahuyentada, sin duda, por la imprudente misiva. Lo único que sacó en limpio es que no era una de esas caprichosas que corren tras de la celebridad del día, para gozar curiosamente uno de sus momentos.

Surgió la guerra francoprusiana. En Sedán se perdió el Imperio y amenazó anegarse el porvenir de Francia. La República pugnó por afirmarse en medio de la confusión producida por la catástrofe. Si alguna vez en el recuerdo de Gambetta se dibujó la brumosa figura de la incógnita, las realidades apremiantes no permitirían la tranquila rememoración del ensueño...

ooo

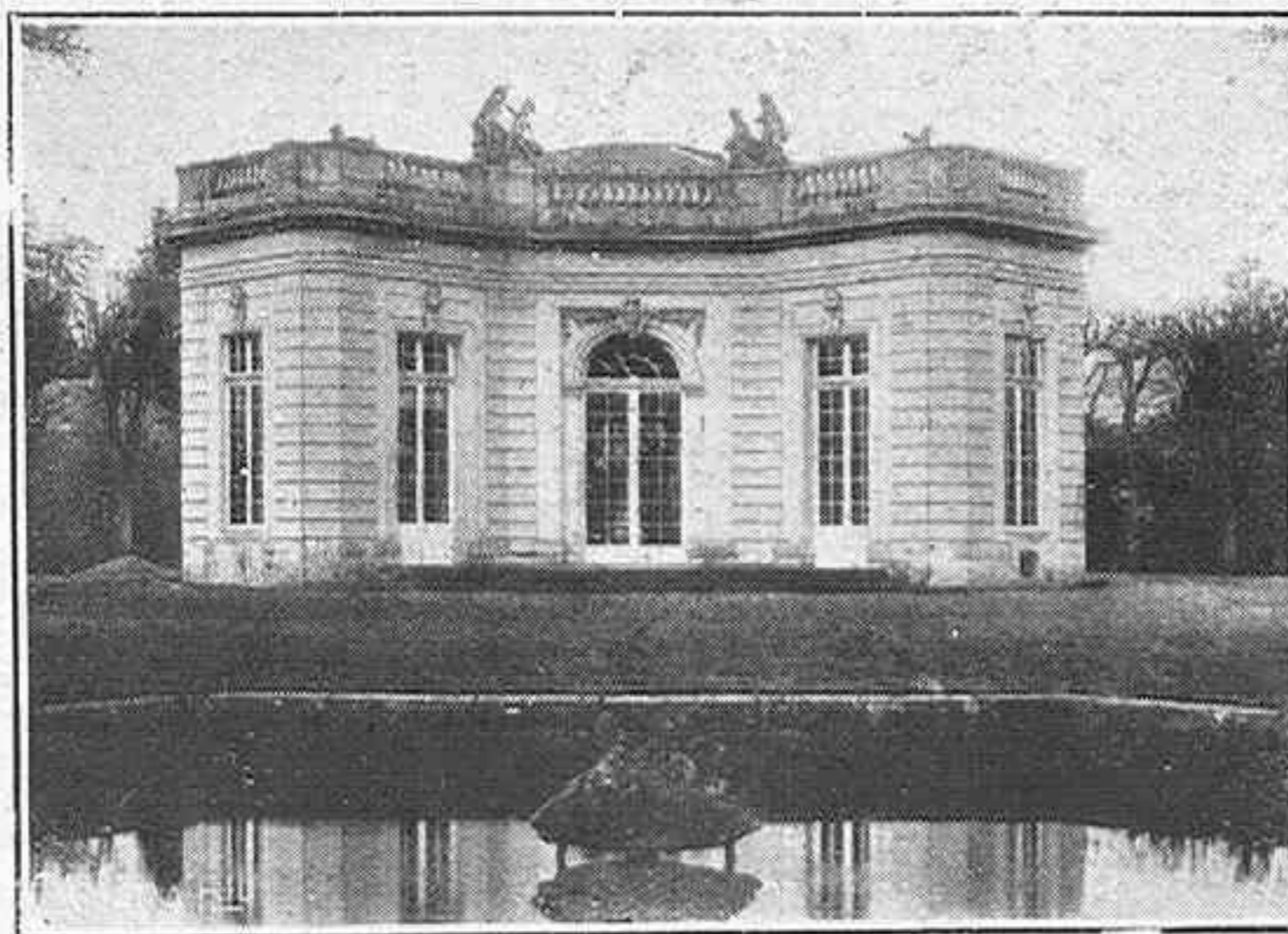
En Versalles, los políticos riñen una fiera batalla. En París, la revolución presenta su carátula trágica. No resulta fácil, en verdad, la creación del orden nuevo. Gambetta trabaja incansante para unificar las dispersas y contradictorias voluntades de sus amigos y allegados. Un día feliz en que pronunciaba un discurso, vió reaparecer á la enlutada, menos enigmática por estar sonriente. Tiempo faltó al tribuno para enviarla un nuevo billete que, más afortunado que el otro, fué á esconderse en el pecho de la dama.

Pero no contestó ni volvió á la Asamblea. Al poco tiempo, el azar los hizo coincidir en una casa amiga. Esta vez, Gambetta evitó la retirada, abordando discretamente á la desconocida, siguiéndola cuando ella abandonó la casa,

arrancándola una entrevista para la mañana del siguiente día.

Junto al Pequeño Trianón, el grande hombre y la esfinge cambiaron sus primeras frases de amor. En vano aseguró ella que su introducción en la vida íntima del estadista podría truncar su carrera: en vano le contó su historia la cerante, la violencia de que la hiciera víctima un dignatario del régimen perdido en Sedán. Gambetta estaba tan apasionado, que á cada nuevo obstáculo su amor se encendía más y más, mientras que su dialéctica esgrimía hábilmente los argumentos que le parecían más persuasivos, hasta decidirle á no poner trabas á su corazón.

En aquellos jardines de Versalles, nacidos al conjuro del Rey Sol, próximos á los pabellones



Versalles.—Pequeño Trianón. Entrada al Parque

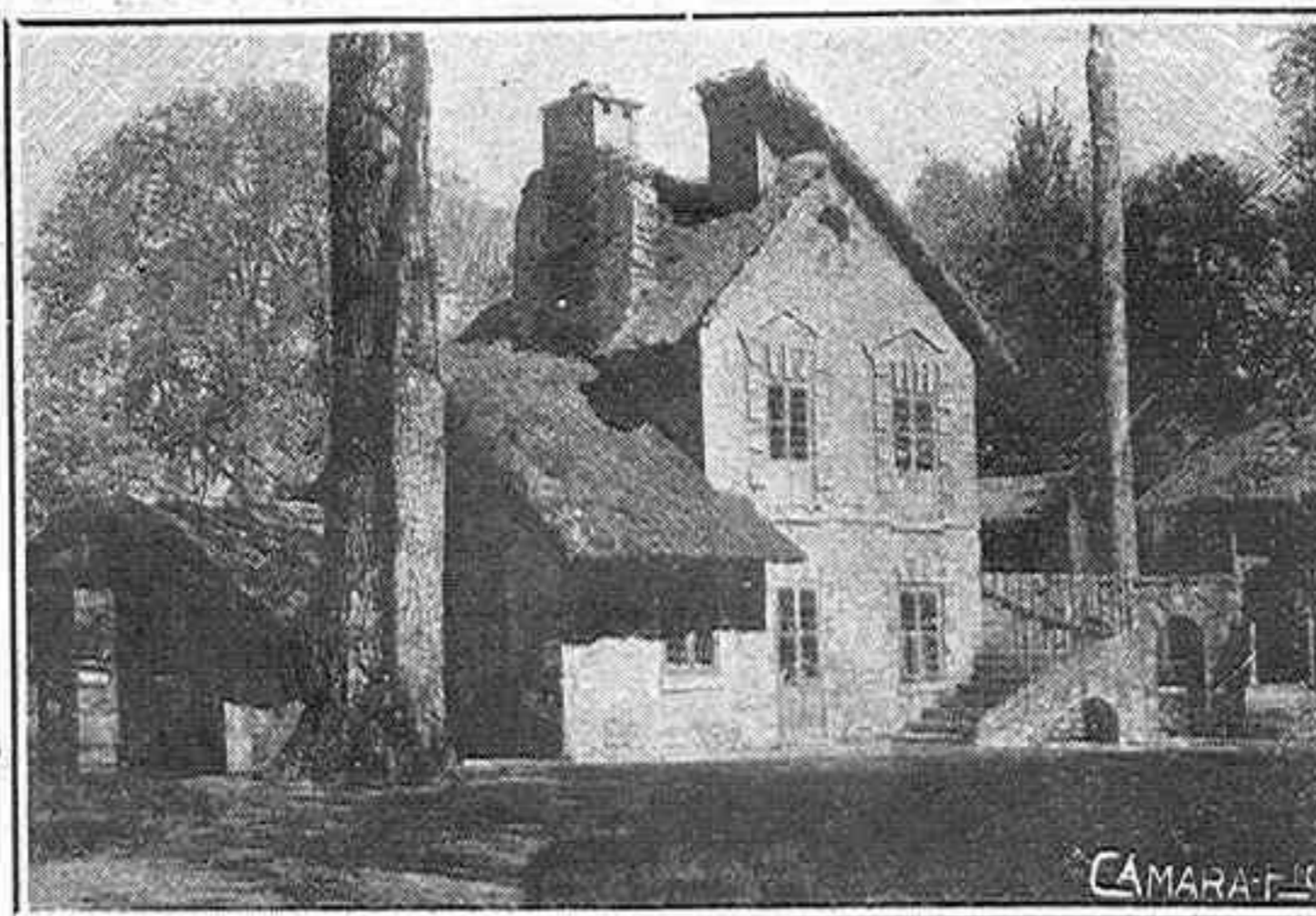
en que divirtiera sus ocios imprudentemente María Antonieta, cambiaron los amantes sus anillos de esponsales, sin más Dios que la Naturaleza, sin más ley que su voluntad.

ooo

Fué Léonie León, para Gambetta, no solamente la enamorada que con sus caricias disipa los dolores agudos de la lucha política, sino también la musa propicia que sabe mantener el entusiasmo del amado y retenerle con firmeza en el camino del deber.

Era Gambetta político por temperamento. La vida pública le atraía irresistiblemente y se consideraba á sí mismo indispensable para el gobierno de Francia. Léonie creía en su talento, en su fuerza; antes de tratarle como amado, hacia él se sintió llevada por el prodigio de su actuación y por la rectitud de sus convicciones. Era una mujer de exquisita sensibilidad, poco amiga del brillo exterior, de una voluntad muy firme, dotada de un buen juicio que rara vez se desmentía. Pudo tener un salón político famoso que hubiera halagado su vanidad, aun á costa de crear dificultades á su amante. Prefirió dedicarse por entero á Gambetta, cuidando de que nada empañara la gloria de sus actos.

La conjunción de aquellas dos almas se trajo en una permanente é intensa colabora-



Versalles.—El molino del Pequeño Trianón

ción. El cerebro siempre en ebullición de Gambetta creaba planes; y el sereno razonar de Léonie los despojaba de las asperezas y los hacía factibles. En los primeros años de aquel idilio, la amada se negaba discretamente á exhibir la mutua pasión. Mientras en la sala de redacción de *La République Française* los amigos y correligionarios discutían, ella subía á las habitaciones reservadas, donde el tribuno la aguardaba, ebrio de amor y ansioso de consejo.

Y era tal la necesidad que tenían de sentirse juntos, que las cartas febles reanudaban la entrevista interrumpida. M. Francis Laur acaba de publicar las cartas amorosas del gran político francés. Son tan apasionadas, vibrantes y ardorosas como las que escribiera Mirabeau á Sofia. Las del atleta de la Revolución son un monólogo; las de Gambetta son la parte de un diálogo sostenido por dos inteligencias que se completan.

«Ven mañana á las cinco—la escribe el 23 de Mayo de 1876—. Tengo prisa por conocer tu opinión acerca de lo que hicé ayer, sobre lo que me propongo hacer después. He tomado tal costumbre de consultar al oráculo, que ya no puedo permanecer lejos de él. Hay ahora en mi amor buena ración de fetichismo, al que hay que adaptarse por exigente que pueda volverme.»

Muchas cartas no tienen más palabras de amor que el encabezamiento y la despedida; íntegramente están dedicadas á los acontecimientos interiores y exteriores, á la exposición de planes de campaña, á los enunciados que serán la armazón de futuros discursos. Léonie es religiosa, cree y practica sinceramente. Gambetta es librepensador convencido, sostén de una política que tiene como postulado esencial en su programa la frase herética del discurso de Romans: «¡El clericalismo: he ahí el enemigo!» Esta divergencia de opiniones los une en vez de separarlos. Es que Léonie, mujer superior, comprende las razones de su amado y no trata de encerrar al estadista en la fórmula estrecha de la catequesis.

Gambetta se inclina ante aquella Minerva con amor y respeto: «Lo que tienes de eficaz y de divino—la escribe en cierta ocasión—es que me retienes en el deber; es que me devuelves á la acción; y en estas inyecciones de valor alcanzo la solidez y el precio de tu cariño. La vida sería una mentira, indigna de conservarse, sin un compañero de armas como mi Léonie. Así es que hago más que amarla: la obedezco y la confundo en un solo y mismo amor con la patria.»

En los momentos de crisis espiritual, ella conforta al hombre de Estado; en las ocasiones que implican el riesgo de una posición tan trabajosamente conquistada, ella suprime las vacilaciones y le obliga á pasar el Rubicón. Es en todo momento el confidente fiel, el consejero justo, el consuelo, el amor, la paz del alma.

ooo

Por fin, la vida en común se organiza y los amantes van á legalizar su situación. Para que á esto se llegue, después de catorce años de amor constante, no han bastado las súplicas de Gambetta. La cristiana no se aviene á aceptar el matrimonio civil; el librepensador rehuye la ceremonia religiosa. Pero la madre de Gambetta muere y el político va á quedarse solo con su pena. Léonie comprende, entonces, la necesidad de su asistencia y se dispone á constituir el hogar tantas veces rechazado.

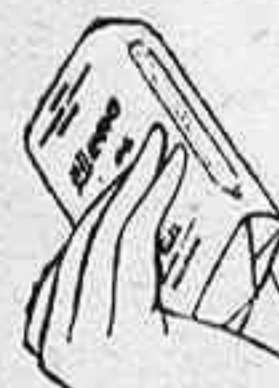
Pero la felicidad no es duradera en este mundo y son pobres ilusos los que en ella confían. Una bala disparada estúpidamente hizo entrar en la casa á la Separadora inflexible, á la Implacable, á la Destructor de toda dicha. Del nido tan caramente construido huyó la ilusión y en él se aposentó el dolor...

De esta manera acabó la novela de amor de Gambetta.

HERMÓGENES CENAMOR



LÉONIE LEÓN (1875)



RIBAS 922

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

ES EL JABÓN
ADOPTADO POR
LA GENTE

“CHIC”

PASTILLA 1,50
PERFUMERIA GAL
MADRID



El 1.º de Mayo
se pondrá á la venta

HOMBRE DE AMOR

NOVELA INÉDITA DE 350 PÁGINAS

POR

El Caballero Audaz

PEDIDOS:

Editorial «Mundo Latino»

APARTADO 502.—MADRID

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

Insustituible para viaje
y oficina.
Garantizada.
Facilidades de pago.

500 pesetas.

Fabricada por Corona Typewriter Co.
of Groton.



AGENCIA GENERAL:
GASTONORGE, C. A.
Sevilla, 16.—MADRID

DISCOS "FADAS"

TODOS AL PRECIO DE 8 PESETAS

Enorme y selectísimo repertorio.
Ventas á plazos de Discos y Aparatos á precios de contado.
Esta Casa está autorizada para vender los famosos Discos **ODEON**
y **FONOTIPIA**, y en ella encontrará el público lo más moderno y siem-
pre lo mejor.



Por dedicarnos **exclusivamente** á la fabricación y venta de estos artícu-
los, podemos ofrecerlos en condiciones más ventajosas que nadie.
Solicite usted catálogos y condiciones de nuestras VENTAS A PLAZOS
escribiendo á
«FADAS»-Peligros, 14 y 16, MADRID

VIGOR

SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Lea usted los miércoles
**MUNDO
GRÁFICO**

Los dolores de
muélas y de ca-
beza, así como los
dolores neurálgí-
cos, desaparecen
rápidamente
usando las

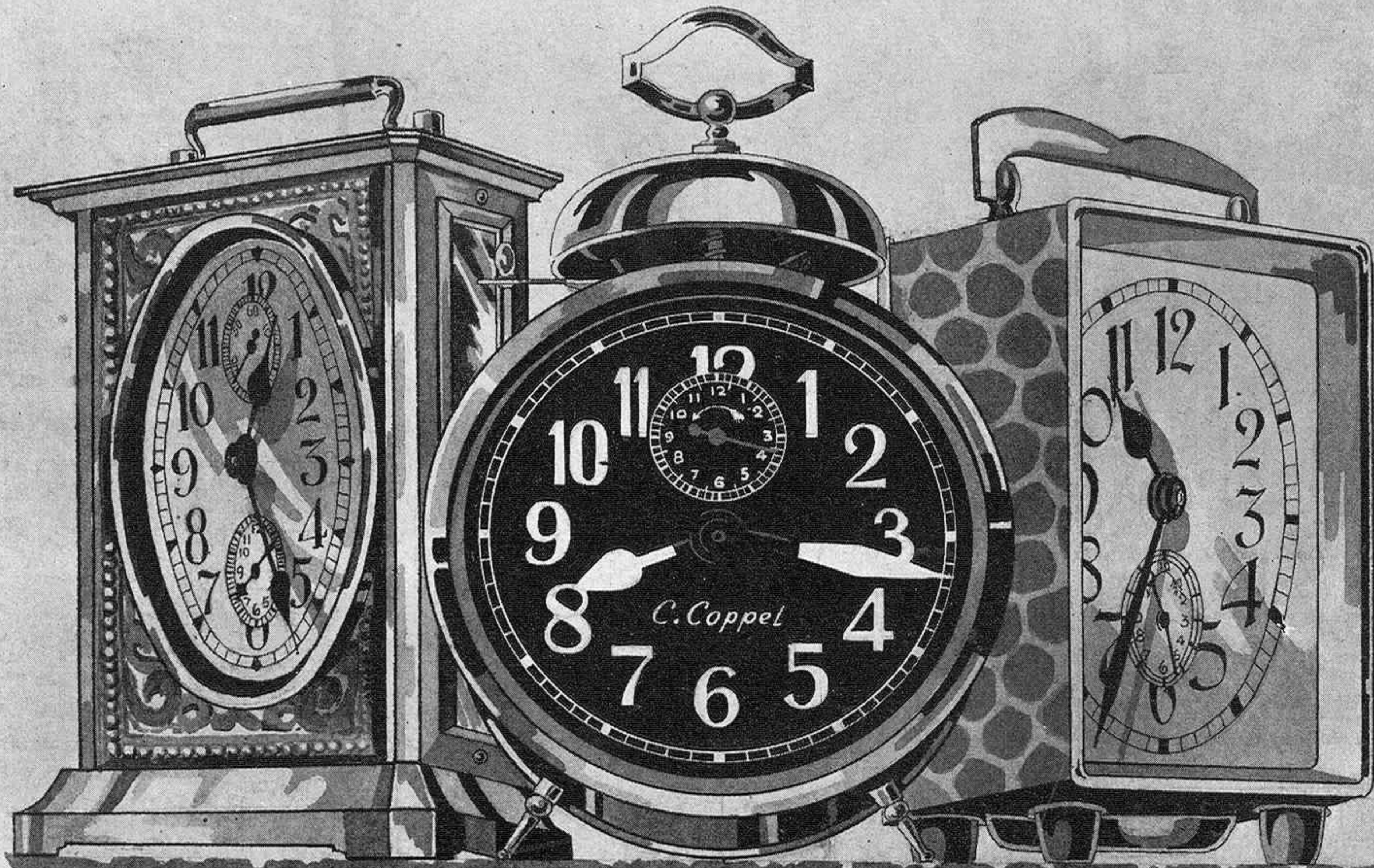


SULFHYDRAL CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para
preservación y Tratamiento de la GRIPPE,
ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES,
SARAMPION, COQUELUCE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C.º 49, Bruch, BARCELONA

Rosado Rivas



CARLOS COPPEL

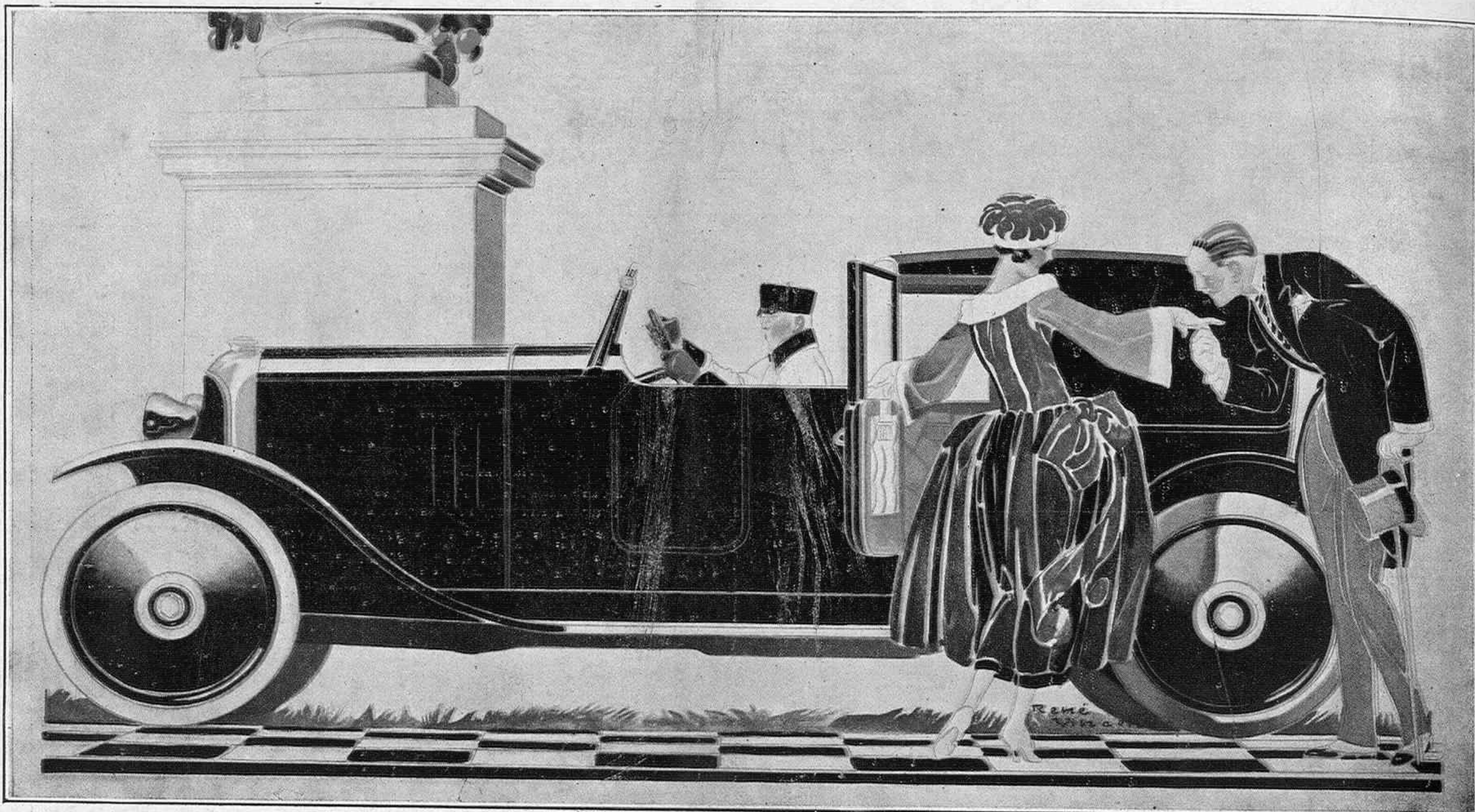
Fábrica de relojes.

fuencarral, 27
MADRID.



*Certificado de
garantía
con cada reloj.*

*Remesas a
provincias. x
Catálogos gratis.*



LA VOISIN El automóvil de moda y de lujo en Francia

ALGUNOS CLIENTES

PRÍNCIPES

Príncipe Heredero del Trono de RUMANIA.
Princesa Elena de GRECIA.
Príncipe RADZIVILLE.
Príncipe de CYSTRIA DE FAUCIGNY LUCINGE.
Príncipe KITTO, futuro heredero del Trono imperial del JAPON.

DUQUES

Duque DECAZES.

MARQUESES

Marqués de LA RIBOISIÈRE.
Marqués de POMEREU.
Marqués de BRETEUIL.
Marqués de CHAMPAGNE.
Marqués de LARENTY THOLOZAN.
Marqués de NICOLAY.
Marqués de la FERRONAYS.

CONDES

Conde de CHEVIGNE.
Conde Enrique de BEARN.
Conde Guido de MONTJOU, diputado de la Mayenne.
Conde de LUBERSAC.
Condesa de CHAVAGNAC.
Condesa GIANOTTI.
Conde de SURVILLE.
Condesa de LEEGE de BRUXELLES.
Conde de la ROCHE.
Conde FOULD de LARENTY THOLOZAN.
Conde de CAMBACERES.
Conde del BOURG de BOZAS.
Conde del LUART.

BARONES

Barón de VEDEL, Ministro de No-ruega en París.
Barón de la GATINERIE.
Barón de WOLF.
Barón MARIANI.
Barón de POTESTA.

Barón de la FAILLE.
Barón Roberto de ROTHSCHILD.
Barón de HAUTECLOCQUE.

Sr. MILLERAND, Presidente de la República Francesa.
Sra. de MILLERAND.
Don Daniel VINCENT, antiguo Ministro del Trabajo.
Sr. LE TROCQUER, Ministro del Trabajo Público.

Don León BERARD, Ministro de Instrucción Pública.

Sr. PEYRONNET, Ministro del Trabajo.

Sr. DUTASTA, antiguo Embajador, Secretario general de la Conferencia de la Paz.

Don G. CARLIER, Ministro de Bélgica en París.

Sr. BRUNSTROM, Ministro de Finlandia en París.

Don Enrique PATE, Diputado.

Don Guido de WENDEL, Diputado de la Moselle.

Don Humberto de WENDEL.
Don Mauricio de WENDEL.

Sr. LANTZ, Director del Banco Dreyfus.

Don León CLERC, Banquero.

Sr. SCHNEIDER, del Creusot.

Don Enrique KAPFERER, Ingeniero.

Don Marcelo KAPFERER, Ingeniero.

Sr. MARTELL, Coñac.

Sr. FIRINO, Director de los Establecimientos del Coñac Martell.

Sr. LAURENS, de la Sociedad de Fletadores Reunidos.

Don David WEILL, Director de la Compañía General del Papel.

Sr. AZARIA.
Sr. RIGAUD, Perfumista.
Sr. DREXEL.
Sr. HARRIMAN, de NEW-YORK.
Sr. de NOBLET.

Sr. de REIMPRES.
Sir Guy STANDING.
Sr. de CHATELPEYRON.
Don H. FOULD.

Don A. FOULD.
Sr. VAGLIANO.

Sr. PLOCQUE, Notario de París.

Sr. EXBRAYAT, del Banco DEMACHY.

Sr. GRANDET, del Banco DEMACHY.

Don Francisco de CROISSET.

Sr. MEYER, Director del Banco del Sena.

Sr. KAHN, Banquero.

Don Luis BERNARD, Banquero.

Don Guido de MONTEFIORE.

Sr. PINTO D'AGUIAR.

Cherif PACHA.
Sr. BOLLORE.

Sr. de QUERHOENT.

Sr. GRIMAUD, Prefecto del Departamento «Côtes du Nord».

Sr. HEBERTOT, del Teatro de los Campos Eliseos.

Sr. DELAUNE de SACLIN.

Sr. CANONNE.

Sr. de CAMONDO.

Sr. REINACH.

Sr. LESIEUR.

Sr. DEL PEUTY.

Sr. SAUVESTRE, Director del Consorcio de los Puertos del OESTE.

Don Juan STERN, Director de la Sociedad de los Fletadores Reunidos, Miembro del Consejo Superior de la Marina Mercante.

Sra. D.^a Margarita LEBAUDY.
Sr. LORILLARD RONALDS.
Sra. de LORILLARD RONALDS.

Sr. DAMAYE, Armador.
Sr. VAN HEUKELOM.
Sr. MAYRISCH, de la Sociedad Luxemburguesa A. R. B. E. D.
Sr. BARBANSON.
Sr. BAUMANN.
Sr. BOURCART, Industrial.

Don Jorge CLAUDE, Industrial.
Sr. MAC CREERY, de NEW-YORK.

Sr. DOY, Corredor del Havre.

Sr. PATRELLE, Industrial.

Sr. SCHWOB, d'Héricourt, Industrial.

Sr. OROSDI, de los Establecimientos OROSDI BACH.

Sra. de OROSDI.

Sr. MONTEUX, de la Sociedad de los Calzados RAOUL.

Sr. ROSENGART.

Sr. GILLARDONI, Industrial.

Sra. DEVRED, Propietaria de los Almacenes «AU GRAND BON MARCHÉ» de Amiens.

Sra. D.^a Juana LANVIN.

Sra. O'ROSSEN.

Sra. de GHEST.

Sr. BAILBY, Director del Diario «EL INTRANSIGENTE».

Sr. LETELLIER, Director del diario «LE JOURNAL».

Don Felipe LETELLIER.

Don Luis BREGUET.

Sr. DELAGE, Director de los Establecimientos NIEUPORT.

Sr. NUNGESSER.

Sr. BAMBERGER.

Srta. NERYS.

Srta. Magdalena CARLIER.

Srta. SPINELLY.

Srta. Alicia DELYSIA.

Sr. LOTTI, Propietario del Hotel LOTTI.
Sr. RHUL, Propietario del Hotel RHUL.
Sr. CORNUCHE, Propietario de los Casinos de Deauville & Cannes.

EN MADRID

Sra. Viuda de Cerrajería.
Don Miguel Maura.
Don Francisco García Molinas.
Don Eduardo Sancho Contreras.
Don Enrique Granda.
Don Carlos Moreno y Luque.
Don Antonio Hurtado.

Agencia general para España: Plaza de Canalejas, núm. 6, Madrid